

57-21.0392 Julio 23/63

A LA LUZ
DE UNA LÁMPARA,

COLECCION DE CUENTOS MORALES

POR

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

PRECIO.

SEIS REALES.

ADMINISTRACION:

CALLE DE TRUJILLOS, NÚMERO 3, CUARTO BAJO.
MADRID.

7.626 y 8/23

Decy 1877

2715

NOT AT A

MANUAL OF THE

RECORDS OF THE

RECORDS

RECORDS

RECORDS

RECORDS

247-1392

A LA LUZ
DE UNA LÁMPARA.

9715

Á LA LUZ DE UNA LÁMPARA.

A LA LUZ DE UNA LAMPARA

A LA LUZ
DE UNA LÁMPARA,

COLECCION DE CUENTOS MORALES

—
POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

—
ADMINISTRACION:

CALLE DE TRUJILLOS, NÚMERO 3, CUARTO BAJO.
MADRID.

Es propiedad de la autora.—Queda hecho el depósito
que previene la ley.

MADRID.

Imprenta Española, calle de Torija, número 14.

1862.

INTRODUCCION.

I.

Una de las noches del invierno que espira, hallándome yo en casa de la Sra. condesa de R... anunció esta á sus amigas un baile para niños.

Casi todas las señoras presentes eran madres; la condesa tiene tambien dos bellísimas niñas de ocho y diez años de edad y un niño de once: y como para las madres es en extremo agradable todo lo que toca al bienestar ó á la diversion de sus hijos, el anuncio del baile fué hecho y recibido con la mas grande satisfaccion.

Todas aplaudieron el pensamiento de la con-

desa, y le dieron gracias por su galanteria para con ese pequeño mundo sonrosado y alegre, que se llama infancia.

Fijóse el dia de la fiesta para el lunes próximo, y en seguida se pasó á hablar del atavío de los convidados.

—Yo, dijo la condesa, soy de opinion de que el baile sea de etiqueta, y no de trajes; así los niños tomarán una idea de las maneras que se usan en la buena sociedad, y se evita la incomodidad de pensar en los disfraces.

—Está bien, amiga mia, repuso la baronesa de C...; pero yo no creo posible que los niños vistan de etiqueta.

—¿Por qué razon, amiga mia?

—Las niñas, pase: pero, querida condesa, ¿vamos á vestir á los niños de frac y corbata blanca?

—Es verdad, observó la Sra. de W..., eso no es posible, sobre todo tratándose de niños, como los míos, que cuentan cinco y siete años.

—Hé aquí lo que yo he pensado, dijo la condesa, cuya viva imaginacion estaba muy en armonía con su espiritual semblante: el traje de los niños, desde el mas chiquito, hasta el mayor.

que no podrá pasar de doce años, se compondrá de lo siguiente: chaqueta inglesa y pantalon de paño negro sedan, media negra, de seda, calada, zapato bajo, de charol, con hebilla de oro, camisa de batista, corbata y guante blancos, y gorra á la rusa de fieltro negro, que tendrán bajo el brazo, ni mas ni menos que un caballero tiene su sombrero, en un baile de etiqueta: este es el programa invariable para los convidados: las convidadas vestirán de tul, gasa, crespon, segun el gusto y capricho de sus madres; pues es sabido que en los grandes bailes, si los caballeros tienen que sujetarse con rigor á un solo modelo, en cambio las damas pueden entregarse á todas las variantes de la veleidosa imaginacion.

—¡ Bien ! ¡ muy bien pensado ! exclamaron en coro todas las madres.

—Vestiré á mi rubia Sofía de crespon azul, dijo una, en cuyo semblante brillaban la alegría y el orgullo.

—Y yo de tul blanco, á mi morena Cármen, observó otra, y adornaré su cabello negro, con una diadema de belloritas.

—Señoras, dijo la condesa: advierto á Vds.

que no admito otros convidados de doce años para arriba, que las madres y los padres de los candidatos bailarines: la fiesta empezará á las ocho: á las diez se abrirá el comedor, donde habrá dispuesta una abundante cena, y concluida, se volverá á bailar hasta las doce, que terminará la función.

—Adios, pues, condesa, dijo una señora levantándose: todo el tiempo me parece corto para arreglar á mis niños, ya sabe Vd. que tengo cuatro.

Todas las señoras siguieron el ejemplo de aquella, levantándose tambien, y se despidieron de la condesa deseando que llegase el dia siguiente para dar principio á los preparativos del baile.

II.

Todas las noches de aquella semana, —pues el anuncio del baile tuvo lugar en lunes, —fui yo á casa de la condesa: dos modistas y las dos doncellas de la casa se hallaban ocupadas en los trajes de las niñas: contaban estas, como ya he

dicho, diez años la mayor y la menor ocho, y eran bellas y graciosas como dos ángeles: Luisa, la mayor, era grave, modesta y dulce. Elena, la mas pequeña, alegre como un día de mayo, y ambas veían con placer cómo adelantaban sus trajes, en tanto que estudiaban sus lecciones para dar gusto á su mamá.

En la velada del viernes, anunciaron á la señora de P... y la condesa dió orden de que pasase al cuarto de labor.

La Sra. de P... era una dama de fisonomía dulce y triste á la vez, y yo observé que, al mirar los trajes que ya concluían las modistas, se llenaban sus ojos de lágrimas.

—¿Ha recibido Vd. hoy una esuela de convite para sus niños? le preguntó la condesa.

—Sí, señora, respondió la Sra. de P... reprimiendo un suspiro.

—¿Supongo que vendrán al baile?

—No sé... Julia está algo enferma, contestó la Sra. de P... con vacilacion.

—No admito excusas, repuso jovialmente la condesa.

La Sra. de P..., cuya afliccion parecia crecer,

cambió bruscamente la conversacion y se puso á hablar conmigo.

Ya hacia tiempo que yo la trataba y adiviné la causa de su pena; un pleito muy largo acababa de arruinarla, cuando aun lloraba la pérdida de su esposo, muerto dos años hacia.

Comprendí que su actual pobreza no le permitía hacer para sus tres niñas y sus dos niños los gastos que exigia aquella fiesta infantil, y que habia ido á ver á la condesa para darle una escusa que sus lábios no se atrevian á formular.

—¡Ay, niños míos! ¡es tan amargo algunas veces confesar el infortunio para las almas delicadas y nobles!

Despues de media hora de visita, la señora de P... se levantó para retirarse, y yo me acerqué á ella.

—Iré á ver á Vd. el lunes por la noche, le dije á media voz, y haremos por divertir á los niños.

—¡Gracias, amiga mia! me respondió estrechándome la mano.

Despues se despidió de la condesa, y salió mas pálida y triste que cuando habia entrado.

—Las tres niñas de esta señora que se ha ido lloraban hoy en el colegio, porque decían que su mamá no las dejaría venir al baile, dijo Luisa, la hija mayor de la condesa.

Esta no puso atención en las palabras de su hija: pero yo sentí una lágrima en mis ojos, al pensar en la amargura de la Sra. de P... y en el dolor de sus hijas.

III.

A las siete de la noche del lunes entraba yo en casa de la Sra. de P...

Desde la escalera, oí gemidos y sollozos de los niños, y la suave voz de su madre que les consolaba.

Aquella familia, dueña poco tiempo antes de una pingüe fortuna, había habitado siempre una soberbia casa en una de las mas hermosas calles de Madrid: ahora vivía en un cuarto tercero muy modesto en una solitaria travesía.

Entré en la estancia en que se hallaba la señora de P... alumbrada á la sazón solo con una

vela, y vi un espectáculo, que me conmovió profundamente.

En un sofá, y cada una sentada en un extremo, estaban Enriqueta y Magdalena niñas de nueve y siete años, é hijas de la Sra. de P... Ambas ocultaban su lindo rostro en uno de los brazos del sofá, y lloraban amargamente.

Julia, la mayor, que contaba diez, se apoyaba en el hombro de su madre y lanzaba de vez en cuando un hondo gemido; mientras Cárlos y Antonio, de seis años el primero y de cinco el segundo, gritaban y lloraban con enojo.

—Vamos á ver si se admite una proposicion mia, dijo la cariñosa madre, dominando el tumulto. Dios, hijos míos, nos ha dejado pobres, y no hemos podido hacer los gastos que el baile exigia: hay que tener paciencia y conformarnos con su santa voluntad: pero ¿no os gustaria que yo os contase un cuento, ó mejor dicho, una historia, mientras los demás amiguitos vuestros están en la fiesta?

Estancáronse como por encanto las lágrimas y la buena madre prosiguió:

—Julia, enciende la lámpara de globo blanco,

que dá aquella luz tan dulce y apacible: pónla en el velador y sentaos todos en derredor de él, con nuestra amiga: cenaremos á las diez, como los señores convidados, añadió con una santa sonrisa, á través de la cual, brilló en sus ojos una lágrima, y tendreis natillas para postres: vamos, hijos míos, es cuanto puedo hacer por vosotros: ¿estais contentos?

—¡Ah, sí, sí, mamá mia? exclamaron las tres niñas arrojándose al cuello de su madre, llenas de gratitud, mientras los pequeñuelos las imitaban, y pugnaban por subirse á su falda. ¡Sí, mamá! ¡ya no lloraremos mas!

—Aquí está la lámpara, dijo Julia, poniendo una sobre un gran velador redondo.

—Pues á sentarse mientras yo doy á Catalina algunas disposiciones para la cena.

—¡Oh, amiga mia! cuanto la admiro á Vd.! exclamé yo estrechando la mano de la Sra. de P... ¡Qué madre tan santa, tan amorosa! ¡Ah, sus hijos la recompensarán!

—Así lo espero, repuso la Sra. de P..., mi buena madre me educó del mismo modo. Yo la amaba mucho y no pasa día en que no la bendiga.

por haberme enseñado á soportar la adversidad: ¿pero Vd. querrá oír mi cuento? el deseo de consolar á mis hijos me hará quizá abusar de la paciencia de Vd.

—Deseo oírle tanto como ellos.

—Pues vuelvo y empezaré; coloque Vd. á los niños.

Desapareció la Sra. de P... é hice sentar á sus hijos en torno de la mesa: luego dejé vagar mis miradas por aquella habitacion tan modesta y humilde, pero tan aseada y encantadora.

Era el cuarto de la madre, y en la alcoba y á los dos lados de la suya estaban las camitas de los dos niños. Julia, Enriqueta y Magdalena ocupaban un gabinete inmediato.

Una mesa con tocador, un armario grande y una silleria de poco precio componian el mueblaje: un hermoso cuadro de la Asuncion de la Virgen presidia, y la risueña imágen parecia sonreír á los niños y alegrarles con su compañía.

Poco despues de haber salido, volvió á entrar la Sra. de P..., ocupó su asiento, que era el de preferencia, y, á la suave luz de la lámpara, dió principio á su cuento.

Advertí en los semblantes de los niños que la tristeza no habia abandonado sus corazones y que su resignacion era algo forzada; su madre lo advirtió tambien: pero, á medida que la narracion iba adelantando, las frentes se despejaban, y la animacion volvia á los ojos: no era extraño, porque era una de esas historias frescas y graciosas que se graban en el alma de los niños.

Cuando se terminó, todos pidieron otro cuento con grande instancia, y yo uní mis ruegos á los de los oyentes.

—Mañana, dijo la madre, mañana os contaré otro, ó mas bien, si quereis, os contaré uno cada día de la semana hasta llegar al domingo. Pero ahora vamos á cenar y á dormir porque es tarde.

La buena madre cumplió su promesa: cada noche refirió un cuento á sus hijos: yo formé parte del auditorio, y os los ofrezco, mis queridos niños, reunidos en este libro.

Supe despues que el baile de la condesa estuvo brillantísimo; que los concurrentes fueron modelos de compostura y de gracias: que en él se lucieron trajes magníficos: pero los niños de

la Sra. de P... me decian algunos dias despues de haber tenido lugar tan notable fiesta:

—No hubiéramos disfrutado tanto en el baile, como con los cuentos de mamá: aquel pasó, dejando el cansancio al cuerpo y estos han dejado buenos ejemplos y dulces consejos en el alma.

FIN DE LA INTRODUCCION.

EL VESTIDO DE BAILE.

—¡Oh, qué noche, qué noche vamos á pasar dentro de diez dias! esclamaba Lola dirigiéndose á sus hermanos Juanito y Eugenia. ¡Cuánto deseo que llegue!, Dios mio! ¡Cuánto deseo que llegue!

—Y yo tambien, repuso Eugenia batiendo palmas y dando saltos de alegría: deseo muchísimo que llegue, para disfrutar del delicioso espectáculo que van á ofrecernos los condes de Villáclara.

—¡Bah! ¡bah! esas cosas siempre se ponderan

mas de lo que son, dijo Juanito con toda la gravedad de sus once años.

—¡Pues yo no sé qué se pueda ponderar aquí, que luego no hayamos de ver realizado! observó Lola un tanto amostazada.

—Está claro, añadió Eugenia: ¿no ha visto papá cómo estaban poniendo ayer los faroles de colores en los jardines? ¿No ha visto los peces en las fuentes? ¿No ha visto las mesas para la cena debajo de los emparrados? ¡Pues me parece que ya no hay que dudar!

—Es que Juanito duda de todo.

—Peor para él.

—Sois unas necias, charlatanas, dijo el niño; yo os digo que aunque papá haya contado todas esas maravillas, aunque las haya visto, nos parecerán á nosotros muy inferiores á los elogios que ahora nos hacen.

—Tú, por echarla de hombre, no sabes qué hacer, dijo Lola, que tenía nueve años, y era gemela de Eugenia: pero aquí viene Enriqueta, y veremos cuál es su parecer.

Enriqueta tenía un año mas que Lola y Eugenia, y uno menos que Juanito; es decir, que

tenia diez, y su exterior llamaba mucho la atencion, mas que por su belleza, espresiva y graciosa, porque reflejaba un alma llena de ternura y sensibilidad.

Era blanca y rosada, con largos y espesos cabellos castaños, y ojos muy grandes y muy dulces, de color pardo; su frente era ancha y despejada, descubriendo una inteligencia poco comun, y gran nobleza de instinto y de pensamientos; su boca era bonita, aunque algo triste, porque Enriqueta, como todas las niñas que sienten mucho, no era alegre; preferia un buen libro á correr y saltar con el aro y el cordon de seda, y su mayor placer consistia en aliviar con limosnas á los desgraciados.

Sus hermanas, que tambien tenian muy buena índole, eran mas vanas, mas pètulantes que ella, y mucho menos dulces y modestas.

—Ven á darnos tu parecer, hermana, dijo Juanito, que amaba mucho á Enriqueta.

—¿De qué se trata? preguntó esta.

—Se trata de que estas dos tontas creen que van á ver un país de encantadoras en los jardines de los condes de Villaclara.

—Muy hermosos dicen que estarán, contestó Enriqueta, que, siempre prudente y modesta, no queria contradecir á sus hermanas, ni disgustar á su hermano.

—Sí, sí, hermosos, no lo dudo; pero no pienso sorprenderme con tal espectáculo.

—Pues yo sí, dijo Lola: y no veo la hora de ponerme mi traje de maja.

—Tambien yo deseo ver cómo está el mio de caballero de la corte de Felipe IV.

—Y yo el mio de pastora suiza, añadió Eugenia.

—A Enriqueta le han enseñado esta mañana modelos y figurines, y ha elegido el traje de Isabel de Valois, aquella reina rubia y bonita, que, segun dicen, fué tan desgraciada.

—Ya lo sé, repuso Eugenia, á quien su hermano dirigió las anteriores palabras: y mamá dice que Enriqueta estará preciosa con él, y que ha tenido mucho talento para elegirle.

—Sí, dijo Lola. Segun mamá, Enriqueta tiene talento para todó, al paso que á nosotras no nos le encuentra para nada.

Estas palabras, dichas con amargura, hicie-

ron una dolorosa impresion en Enriqueta, que miró con tristeza á su hermana.

—Callad, que viene vuestra aya, dijo Juanito viéndo á doña Matea, escelente señora que cuidaba de la educacion de las niñas.

Aquella se acercó á estas, y á la primera mirada conoció los amagos de la tormenta que se agitaba entre las tres hermanas.

—Señoritas, vamos á dar un paseo, dijo con cariñoso acento: su señora madre quiere que salgamos á tomar el aire libre, y Francisco nos llevará una buena merienda en una cesta. Juanito saldrá con su preceptor, y luego se nos reunirán ambos, para participar de la merienda, en el cerriño de San Blas.

Dichas estas palabras, el aya tomó de manos de una camarera que la habia seguido tres sombreros de paja redondos y elegantes, y cubrió con ellos los hermosos rizos de las tres hermanitas.

Poco despues se dirigian al paseo de Atocha doña Matea y las niñas, cada una armada de su sombrilla, pues han de saber mis lectores que el dia en que esto tenia lugar era uno de los primeros del mes de julio.

Detras de las cuatro, iba un corpulento lacayo, con una cesta grande, de tapas, colgada al brazo, de la cual se exhalaba un delicioso olor.

Las niñas hablaban poco, sobre todo las dos mas pequeñas, pues su imaginacion estaba enteramente absorta pensando en el baile de verano que en la noche del dia 15 de aquel mes daban en sus jardines los condes de Villaclara á los niños de sus numerosos amigos.

Los condes no tenian hijos; pero vivia en su compañía, y á su cuidado, una sobrinita de ocho años, niña encantadora por sus gracias y su bello carácter.

Esta amable criatura debía hacer los honores á todos los convidados, vistiendo el suntuoso traje de Mme. de Sevigné, la amorosa madre, la gran escritora, la virtuosa y ejemplar mujer que tanta gloria ha dado á la Francia.

Los condes querian que la fiesta fuese deslumbradora, y que tuviese lugar en sus jardines á causa de lo caluroso de la estacion.

Al efecto se habian preparado dos grandes salones con estatuas y arcos de verdor y flores, uno para el baile y otro para la cena: el alumbrado

debía ser á la veneciana; la orquesta magnífica; en fin, los condes de Villaclara deseaban que aquella fiesta infantil sobrepujase á cuanto hasta el día se habia visto en Madrid en su género.

Todo esto, que oían repetir á cuantas personas veían, sobraba para preocupar á las niñas; así es que hablaban muy poco, embebecidas en sus reflexiones.

Eran ya cerca de las siete de la tarde, cuando llegaron al cerrillo de San Blas, uno de los puntos de vista mas agradables que ofrece Madrid; al calor sofocante del día, habia sucedido un ambiente fresco y consolador, embalsamado por el perfume de las mil florecillas campestres y por el ramaje de los árboles. Francisco abrió la gran cesta, y de su vientre salió primero un blanco mantel, luego dos sabrosas tortillas, algunos pasteles, dulces, frutas, y, por último, una botella de esquisito vino y otra de agua.

Cada uno ocupó su sitio, y las niñas se despojaron de sus sombreros y de sus guantes para merendar con mas comodidad, culpando á Juanito y á su preceptor porque tardaban en llegar.

Por fin, se les vió asomar por una senda de travesía, y tomaron sus sitios en derredor de la mesa.

Mas apenas el preceptor habia empezado á partir las tortillas, para servir á cada uno su racion, se distrajo de un modo bien triste la atencion de sus comensales.

Un anciano venerable, con los cabellos blancos y casi tullido, se acercó á la improvisada mesa, apoyándose penosamente en los brazos de un niño de diez años y de una niña de nueve, mientras detrás de ellos aparecian otros cuatro de menos edad.

Dos, sobre todo, eran tan pequeños, que podia asegurarse no habian cumplido los tres y los cuatro años.

El pobre viejo pidió con acento doliente y sumiso una limosna, empleando esa tierna fórmula de los cristianos:—*¡Por el amor de Dios!*

—¡Jesus! exclamó Lola á media voz: ¡si hemos de satisfacer el hambre de esos mendigos, hay que darles toda la merienda!

—¡Pues no son pocos! murmuró á su vez Eugenia.

—Vamos á darles un pan y algunos pasteles, propuso Juanito.

—Tiene Vd. razon, hijo mio, exclamó el preceptor: y volviéndose al anciano le dió un pan, y le dijo:

—Tome Vd., buen hombre, y repártalo entre todos.

Luego tomó cuatro pastelillos, se los dió tambien y añadió:

—Esto para los chiquitines.

—¡Que Dios y su Santísima Madre les recompensen su caridad, mi buen señor, mis caritativos señoritos! exclamó con lágrimas de gratitud el pobre viejo; y al instante se alejó seguido de su prole, como si no hubiera querido molestar con su presencia.

—¡Pobre anciano! exclamó Enriqueta, por cuyas blancas mejillas corrian gruesas lágrimas.

—¡Eh! ¿ya empiezas á lloriquear? dijo Lola riéndose.

—¡Qué quieres! ¡Me da pena el pensar en que nuestro papá será así de viejecito algun dia, y Dios, que todo lo puede, quizá le deje pobre!

—¡Qué disparate! exclamó Eugenia. ¡Papá es riquísimo!

—Yo he leído, hermana mia, que los hijos de un rey de Francia tuvieron que recoserse sus viejos vestidos en una cárcel donde los encerraron, dijo Enriqueta.

—Justo, repuso Juanito: los hijos de Luis XVI, que murió en el cadalso: además, el Delfín Luis XVII, que solo tenía ocho años, fué puesto de aprendiz en casa de un zapatero, y se hinchó todo, y se murió á fuerza de golpes que le daba su bárbaro maestro: ¿no es verdad, D. Venancio?

—Nada hay mas cierto, respondió el preceptor; y alabo la buena memoria de Vd.

—Ya veis, dijo Enriqueta que no cesaba de llorar; mas es un rey que nuestro padre, por rico que sea. En todos los ancianos me duele mucho la miseria, porque me acuerdo de que lo serán un dia nuestros padres; luego, mirando su parte de tortilla, añadió:

—Aya mia, si Vd. me lo permite, voy á darle mi merienda al viejecito.

—¿Y tú qué vas á merendar? preguntó Lola.

—Una naranja.

—¿Nada más?

—Nada más: si no, no tendría valor mi limosna: no es mucho tan corta privación por aliviar á ese pobre anciano.

—¡Es Vd. un ángel, hija mia! dijo doña Matea abrazando á Enriqueta; luego añadió dirigiéndose al preceptor:

—Señor D. Venancio, hágame Vd. el favor de poner en una servilleta toda la merienda de esta niña.

D. Venancio puso la tortilla entre un pedazo de pan; dos pasteles, dos naranjas y algunos dulces, y luego llenó una copa de vino.

—Ahí va su parte entera, dijo el buen señor; y además estas dos monedillas de mi bolsillo.

Enriqueta misma cogió la servilleta—á pesar de quererla llevar Francisco.—Doña Matea tomó el vaso y las monedas, y ambas se dirigieron á donde estaba sentado el viejo rodeado de los niños, y todos comiendo con voraz apetito el pan de la limosna.

—Buen hombre, dijo el aya: coma Vd. este pedazo de tortilla caliente, y beba este vasito de

vino, que le fortalecerá; es la merienda de esta amable niña, que se la cede á Vd. muy gustosa.

—¡Ah, mi buena señorita! exclamó el anciano: tiene Vd. la cara de ángel y el alma tambien; pero si la voz de los ancianos llega al cielo, usted será muy dichosa, porque el viejo Anselmo rogará á Dios todos los dias por su felicidad.

—¿Son hijos de Vd. todos esos niños? preguntó doña Matea.

—No, señora, contestó el anciano; ¡son mis nietos, hijos de mi hijo único, que murió hace un año, y que no tienen mas amparo que el que les ofrecen las almas caritativas!

—¿De modo, pobre anciano, que con nada cuenta Vd. en el mundo? preguntó dolorosamente Enriqueta.

—Con nada, señorita.

—Yo haré por Vd. cuanto pueda, dijo la niña, y Dios y mis buenos padres me ayudarán.

—Ahora, señor Anselmo, tome Vd. estas monedas, que me han dado para Vd., y quédese con Dios, pues nos esperan, dijo doña Matea; pero antes de marcharnos, le suplico nos dé las señas de su habitacion, que yo apuntaré en mi cartera.

—Vivo en Chamberí, contestó el anciano, calle de Santa Feliciana, número 3, cuarto del patio.

—Pues hasta muy pronto, señor Anselmo.

Enriqueta dijo estas palabras echando sobre los niños, agrupados en derredor suyo, una afectuosa mirada, y luego se alejó con su aya, seguida de las bendiciones del anciano.

Quando ambas volvieron al sitio de la merienda, todos habian concluido ya de comer; la benéfica niña, á pesar de que su hermano le habia guardado sus dulces, no quiso tomar mas que su naranja, diciendo que no tenia gracia la caridad que no imponia ninguna privacion.

Poco despues volvieron todos á casa, y su mamá, considerándoles cansados del paseo, les dijo que se acostaran.

—No es posible que Enriqueta se acueste sin tomar algun alimento, señora, observó el aya.

—¿Pues cómo? ¿No ha merendado? preguntó la mamá.

—Solo ha comido una naranja. Y acto continuo refirió el aya el rasgo de caridad de la niña.

La mamá derramó al oirlo lágrimas de ale-

gría, dando gracias á Dios que le habia concedido una hija tan buena: luego añadió:

—Hágala Vd. tomar chocolate, como ocurrencia de Vd., doña Matea, y no le diga que yo tengo noticia de lo que ha hecho; pero si mañana, como lo espero, acude á Vd. pidiéndole algun socorro para ese anciano, entiéndase Vd. conmigo, y no tema pedirme lo que haga falta.

En efecto, al dia siguiente Enriqueta, que habia dormido mal toda la noche, esperó vestida á que se despertase su aya, cuyo gabinete-dormitorio estaba dentro del que ocupaban las niñas; y así que la oyó toser, entró á saludarla, y se sentó á la cabecera del lecho.

—Aya mia, le dijo con acento temeroso y dulce, toda la noche he estado dando vueltas á una cosa, que voy á consultar á Vd.

—Sepamos esa cosa, dijo el aya con sonrisa significativa.

—Pues es que he pensado rogarle que me dé usted la suma que tiene para pagar á la modista mi vestido de baile, á fin de emplearla en socorrer al anciano Anselmo.

—¿Sabe Vd. á cuánto asciende dicha suma?

—No, señora.

—Pues sube á dos mil reales: todos los galones del traje son de oro fino, pues así lo ha encargado su señora madre.

—¡Ah, tanto mejor! exclamó Enriqueta: no creí yo que valiese tanto; de ese modo se podrán socorrer esas pobres gentes.

—¿Y renuncia Vd. al baile?

—Con la mejor voluntad. ¿Acaso vale mas una diversion, por grande que sea, que el placer de aliviar una desgracia?

—¡Pero Vd. se olvida de lo que es esa fiesta! Dicen que estará magnífica; ya sabe Vd. cuanto anhelan sus hermanos asistir á ella.

—Mas anhelo yo socorrer al pobre anciano.

—¿Es cosa decidida?

—Sí, señora.

—¿Y no se arrepentirá Vd. cuando vea engalanados á sus hermanitos?

—De ningun modo: pensaré en el beneficio que resulta de mi privacion al pobre Anselmo.

Doña Matea, sin hacer mas objeciones, se levantó, se puso una bata, y fué abrir uno de

los cajones de su cómoda del que tomó un bolsillo de seda.

—Aquí hay cien duros, hija mia, dijo presentándolo á Enriqueta: guárdelos Vd. y si quiere, me vestiré al instante é iremos á Chamberí á ver al señor Anselmo.

—Me parece, dijo Enriqueta, que debería yo pedir permiso á mamá, antes de disponer de esta cantidad.

—Me parece lo mismo, repuso el aya, y así será prudente que se dirija Vd. ahora mismo á su cuarto.

—Pero ¿yo sola?

—¿Por qué no? Nada hay mas amable, mas dulce que una buena madre, y la de Vd. no puede ser mas excelente.

—Es verdad; voy ahora mismo á verla.

Diciendo estas palabras, salió Enriqueta y se dirigió al cuarto de su mamá, en el que habia estendidas muchas y ricas telas que le habian llevado, con el fin de que eligiese para los trajes de las niñas.

—Me alegro de que vengas, hija mia, dijo á Enriqueta su buena madre: he mandado tam-

bien venir á tus hermanas, y te iba á hacer llamar: porque ademas de saber cual es el traje que os gusta mas, quiero que me digais vuestro parecer acerca de las telas.

—Mamá, dijo Enriqueta con las mejillas encarnadas, yo venia á pedirte permiso para no ir al baile, é invertir lo que ha de costar mi vestido en hacer una limosna.

—¡Una limosna! repitió la mamá con fingida admiracion. ¿Y á quién?

—A un viejecito á quien conocí ayer, por casualidad, en nuestro paseo.

—¿Es el pobre á quien le diste tu merienda?

—El mismo: tiene que mantener á seis nietos solo con los recursos de la caridad.

—Tu resolucion es muy laudable: pero ¿no te gustaria ir al baile?

—No niego, que deseaba mucho ir; pero cuando comparo el placer que experimentaré en él, con la dicha que sentirá esa pobre familia, si yo no voy, me parece muy preferible esto último.

—¿Y por qué no das la mitad de lo que ha

de costar tu vestido al viejo Anselmo, y yo te añadiré esa suma á la que te quede?

—¡Ah, mamá! y entonces, qué valia mi limosna, no costándome ningun sacrificio? exclamó Enriqueta: ¡no, no! creo que no es gran mérito dar dinero cuando se posee en abundancia: y que si alguna virtud tiene mi limosna, será la de privarme de ir á ese baile.

—En ese caso, vamos ahora mismo á ver á ese anciano, y nos informaremos de si es verdad cuanto ha dicho.

La condescendiente madre se vistió modestamente, y despues de haberse puesto Enriqueta su sombrero, salieron juntas para ir á Chamberí, á donde llegaron muy en breve por la corta distancia que separa á este naciente pueblo de Madrid.

Al entrar en la calle de santa Feliciano, madre é hija se dirigieron á unas mujeres, que se hallaban cosiendo á la puerta de una humilde casa, y la primera se informó de todo lo concerniente al anciano.

Los informes no pudieron ser mas ventajosos: era cierto todo cuanto habia dicho el

señor Anselmo, quien, no pudiendo ya trabajar en su oficio de labrador, se veia sin otro amparo para él y sus nietos que la caridad de las buenas almas.

—Ahora debe estar, dijo una de las mujeres, en la avenida de los álamos, allá abajo, al pié de aquel montecito, pues sus dos nietos mayores cogen moras que venden despues á una mujer que á su vez las despacha en Madrid. El pobre anciano dice que se entristece estando solo en su casa y se sienta á la sombra mientras los nietecillos mayores desempeñan su tarea, y los pequeños corren y juegan, comiendo algun pedazo de pan, que es su habitual y casi su único alimento.

La madre de Enriqueta dió las gracias á aquellas buenas mujeres, y se dirigió con su hija al sitio que le habian indicado.

Era en efecto un hermoso paseo, plantado de álamos jóvenes y llenos de verdor y frescura, que se estendia al pié de un montecito: muchas zarzas, cargadas de fruto negro y lustroso, ofrecian á dos de los nietos del anciano abundante cosecha, que se apresuraban á

recoger en una cesta grande y redonda.

En un rivacito, al pié de la colina, y á la sombra del árbol mas grande de aquel fresco plantío, dormía Anselmo, apoyando en el brazo izquierdo su venerable cabeza, casi despoblada de cabellos: solo algunas canas se mecían, al impulso de la brisa, en sus sienes pálidas y marchitas por los años y la miseria.

El aspecto de aquel anciano inspiraba compasion y respeto: tal era la honradez, la serenidad, que respiraba toda su persona.

Sentadas á su cabecera sus dos nietecitas de seis y nueve años, espantaban con las ramas de un árbol las moscas y mosquitos, que podían turbar el sueño del anciano; mientras los dos niños mas chiquitos jugaban algo mas lejos con todo el silencio posible.

Al ver acercarse á Enriqueta y á su mamá, una de las niñas se adelantó y les rogó que no hiciesen ruido porque su abuelo dormía.

Ambas prometieron el silencio, y se sentaron á poca distancia, y debajo de la eminencia donde los dos muchachos cogian moras.

—Hoy hay muchas, Pascual, dijo el mayor.

—Ya se ve que sí: de fijo conseguimos llenar el cesto.

—No sé cómo tenemos esta suerte, porque ayer habia muy pocas sazoadas.

—Es que yo recé anoche á santa Rita, abogada de los imposibles, de quien es abuelo tan devoto, y la santa me oyó.

—Eso debe ser: la tia Marciana nos dará cuatro pesetas por el cesto lleno, que así nos lo ha ofrecido muchas veces.

—Y compraremos á nuestro abuelo unos zapatos, porque los que lleva ya están muy viejos.

—Yo quiero además llenarle su caja de tabaco.

—Eso! y entonces ¿qué nos queda para comprar pan?

—¿Qué nos queda? yo te lo diré: el tio Bautista, el pescador, me ha regalado una caña vieja: y hoy veré si sé pescar algo.

—Tul!

—Yo, sí! si saco, aunque no sea mas que media docena de peces—y los sacaré porque Dios ayuda á los que trabajan por sus padres—com-

praré al abuelo un poco de tabaco, y con lo demás que me den por ellos y lo que sobre de las moras, compraremos, no solo pan, sino hasta un poco de queso manchego.

—¡Sí, goloso, piensa ya en regalarte!

—¿No es muy justo? el que trabaja *debe darse algún mimo*.

—¡Ah! Dios mío! murmuró Enriqueta á media voz: ¿es posible que haya tanta miseria, y que lo ignoren los ricos! llamar regalo á un poco de queso manchego, cuando en casa comen con desden nuestros criados los quesos extranjeros!

En aquel instante bajaron los dos muchachos del montecillo llenos de contento: la mamá de Enriqueta los abrazó con afecto, y les dijo:

—Sois unos buenos niños, y no dudeis que Dios oye vuestros ruegos y os recompensará como mereceis.

Pascual y su hermano miraban embobados á aquella hermosa señora vestida de seda y blondas que les besaba sin hacer ascos á sus vestidos rotos, ni á sus manos manchadas, y cuan-

do se fué á sentar en frente de su abuelo, se pusieron á su lado.

Poco despues, el anciano hizo un movimiento y se incorporó.

—¿Cómo ha ido la cosecha, hijos míos? preguntó con ansiedad: ¿habeis sido hoy mas dichosos? ¡cuanto siento no poder ayudaros! pobres niños! solo os sirvo de una carga inútil!

—Vaya, abuelo mio ¿quiere Vd. hacernos llorar? dijo Mateo, el que cogia moras con Pascual: qué seria de nosotros sin Vd? todos le queremos como á las niñas de nuestros ojos y pedimos á Dios que nos le conserve: pero aquí hay una señora y una señorita, que sin duda querrán decirle algo.

El pobre viejo enjugó algunas lágrimas que se desprendian de sus ojos, y luego se volvió hacia el sitio que sus nietos le indicaban.

—¡Ah, mi buena, mi caritativa señorita! exclamó al ver á Enriqueta: ¡Vd. aquí, y yo durmiendo! ¿quien podia suponer?....

Y Anselmo hizo un gran esfuerzo para levantarse.

—No se incomode Vd., dijo la madre de En-

riqueta. Dios, supremo consolador de los aflijidos, hizo que mi hija encontrase á Vd. ayer: hoy he venido á acompañarla, para que le entregase una suma, que yo habia destinado para su tocador: es su gusto, y ambos debemos bendecir á ese Dios misericordioso de quien le hablaba hace poco: Vd. porque los ruegos de sus nietos han alcanzado de su bondad la dicha de que conozca á mi Enriqueta: yo porque me ha dado una hija buena y caritativa.

Esto diciendo, la generosa señora hizo una seña á la niña, que sacó de su bolsillo el que le habia dado su aya y que contenia el importe de su traje de baile, y le puso sobre las rodillas del anciano.

Este le contempló algun tiempo con asombro: luego vió brillar algunas doblas, entre los calados de la seda, y exclamó uniendo sus manos trémulas de alegría:

—¡Oro! aquí hay oro! ¡oh, hijos míos! ya no tendreis al ménos en mucho tiempo, hambre ni frio! ya comereis todo el pan de que tengais necesidad! ya no dormireis sin abrigo, ni yo veré agitarse vuestros helados cuerpos al impulso del

frió! de rodillas y besad los pies de vuestras bienhechoras!

Mateo, Pascual, las dos niñas que velaban el sueño de su abuelo, y hasta los dos chiquitines que jugaban lejos, y que se habian acercado, se arrodillaron á los pies de Enriqueta y de su madre besando sus manos con inocente afán.

Madre é hija lloraban copiosamente, é hicieron levantar á los niños despues que pudieron dominar un tanto su enternecimiento.

—Señor Anselmo, dijo la madre de Enriqueta: desde mañana, los cuatro niños mayores serán colocados segun su edad y sus inclinaciones: las niñas irán al colegio, y sus hermanos aprenderán el oficio que mas les agrade: respecto de los pequeños no podemos hacer por ahora mas que cuidarlos: pero su educacion y su porvenir corren tambien por mi cuenta; en cuanto á Vd., cada dos meses recibirá de mano de mi hija una suma igual á la que ha recibido hoy, pues mi marido y yo le señalamos, para complacerla, una pension vitalicia de 12,000 reales al año.

—¡Dios mio! exclamó el anciano llorando á lágrima viva: ¿qué he hecho yo para merecer tanta felicidad? Señora, señorita, Vds. son, sin duda, una santa y un ángel del cielo!

—Todo se lo debe Vd. á dos de sus nietos: todas las noches rezaban con fervor á fin de obtener medios, por pequeños que fuesen, para aliviar la suerte de Vd. y el cielo les ha escuchado.

El anciano abrazó á sus nietos, y madre é hija se despidieron para volver á su casa.

—¡Oh, mamá! exclamó Enriqueta: ¿qué dicha hay en el mundo comparable al placer de hacer bien?

—No conozco en efecto ninguna, hija mia, respondió su madre; pide á Dios que te conserve siempre la caridad, y serás feliz.

Aquella misma mañana eligieron sus telas Lola y Eugenia: y muy admiradas al ver la inacción de su hermana, le preguntaron si ya habia hecho su eleccion.

—Sí, respondió Enriqueta: he elegido una tela la mas bella del mundo, y ya la tiene la modista.

—¿Es mas linda que nuestro raso y nuestro terciopelo? preguntaron las niñas.

—Para mi gusto, mucho mas.

Las dos se rieron desdeñosamente: tenían un magnífico paquete de raso celeste, de terciopelo color de rosa, y ricos encages, blancos como la espuma del mar: ¿qué podia haber mas elegante y lindo?

Así es, que pasaron mecidas en doradas ilusiones los dias que faltaban para la fiesta, si bien admirándose de que Enriqueta estudiase el piano y el francés y se ocupase de sus bordados lo mismo que antes.

Llegó por fin la noche del baile: el carruaje esperaba á la puerta, y el papá, vestido de etiqueta, contemplaba á Lola, Eugenia y Juanito, á quienes las modistas y doncellas daban la última mano.

El niño vestía de caballero de la corte de Felipe IV.

Lola, que era morena con ojos y pelo negro, vestía de maja.

Eugenia, que era rubia y rosada, el cándido traje de pastora suiza.

Al acabar el tocador, entró Enriqueta con el vestido de muselina que habia llevado puesto todo el día.

— ¡Cómo! no vienes! exclamaron los tres hermanos: ¿estás enferma? y tu traje de Isabel de Valois?

— Lo ha cambiado por el de *ángel de la Caridad*, dijo su madre: el importe del traje de vuestra hermana ha vestido á un anciano y á seis niños, y les ha dado pan para muchos días: id al baile, hijos míos, con vuestro papá: yo voy con Enriqueta á presenciar la cena de Anselmo y de su familia, y de fijo será mañana vuestra hermana mas dichosa que vosotros.

FIN DEL VESTIDO DE BAILE.

LAS DOS AMIGAS.

En una de las mas bellas calles de la coronada villa, y en una casa suntuosa, vivian hace mucho tiempo los señores de Alvarez, que tenian una niña de seis años, llamada Emilia; esta niña era muy bonita, y estaba ademas dotada de gran aplicacion y de una estremada inteligencia.

Por esta razon, aprendia con sumo aprovechamiento todo cuanto le enseñaban, y á esta edad, en que, por lo comun, apenas empiezan las niñas su educacion, la de Emilia estaba muy adelantada.

Sin embargo, sus bellas cualidades estaban

oscurecidas por dos grandes defectos: Emilia era terca y habladora, y solo obedecía á su mamá, que era la única persona de la casa á quien tenia algun respeto.

Los señores de Alvarez adoraban á su hija, tanto por la circunstancia de no haber tenido otra, cuanto por su hermosura, que era verdaderamente admirable, y que no cesaban de elogiar cuantos la veían.

La señora de Alvarez tenia la fortuna de conservar aun á su madre, y esta señora idolatraba á Emilia con esa ternura que reside en el corazón de todos los abuelos, porque ellos son dos veces padres; la abuelita de Emilia era una prueba de esta verdad, porque su cariño rayaba en la locura.

Esclava de todos los caprichos de la niña, no advertia que su estremada condescendencia aumentaba hasta un punto increíble los defectos de aquella.

Todas las noches que los Sres. de Alvarez salían de casa, quedaba Emilia en compañía de su abuelita, á quien hacia sufrir mucho con su mal carácter y continua desobediencia.

A las ocho empezaba la abuela á amonestarla para que se acostase, pero sin fruto alguno.

—Emilia, le decia, hija mia, mira que tienes que ir al colegio á las nueve para dar tus lecciones.

—Déjame otro poco, respondia la niña sin soltar sus muñecas.

—Vamos, anda á acostarte, repetia la abuela al cabo de media hora.

—¡Luego iré! contestaba Emilia con tono impaciente y continuando en sus juegos.

Y de este modo se pasaba, hora tras hora, hasta las once de la noche, en que la niña, cansada ya de sus juguetes, se acostaba por su gusto, y no por deber y obediencia.

Como se habia acostado muy tarde, por la mañana no despertaba hasta las nueve y media: se lavaba muy de prisa y muy mal; en vez de peinarla con esmero, habia que recogerle el pelo de cualquier modo, para llevarla lo antes posible al colegio, y ningun dia salia de casa sin que la regañase su mamá, dando á esta un disgusto.

Porque habeis de saber, niños míos, que vues-

tros padres se disgustan mucho antes de regañaros ó de imponeros algun castigo, y que ninguna correccion es efecto de su capricho ó inmotivada, sino impuesta, porque es precisa para vuestro bien.

A pesar de la gran prisa con que Emilia se disponia cada mañana para ir al colegio, ningun dia llegaba á tiempo de dar sus lecciones; así es que, no obstante su natural despejo y buena disposicion, no adelantaba lo que era de esperar, ni sus maestras la miraban con la deferencia que conceden á las niñas sumisas y aplicadas.

Su terquedad y desobediencia seguian durante todo el dia.

Cuando salia de casa, ó andaba muy despacio, ó corria como una loca.

Si habia llovido, tenia gusto en meter en el barro sus botitas nuevas.

Hacia del pañuelo una torcida, y mordía sus puntas, poniéndole sucio á fuerza de manosearle.

Todos los dias olvidaba sus libros, ya al ir al colegio, ya al volver á casa; así es que quedaba sin dar leccion ó sin estudiarla.

Por mañana y noche costaba sumo trabajo conseguir que rezara sus oraciones, porque prefería contar todo lo que pasaba en el colegio, ó hacer preguntas indiscretas, á encomendarse á Dios antes del sueño, como hace toda niña bien educada.

Algunas de estas malas mañas desaparecían cuando su mamá estaba á la vista: era esta un poco severa con Emilia, no porque no la quisiese mucho, pues es cosa imposible que una madre ame poco á su hija, sino porque la niña abusaba de su bondad, en cuanto la veía risueña y condescendiente.

Un mimo, una caricia de la mamá, eran siempre seguidos de una grave falta de Emilia, porque esta no estaba dotada de aquella delicada ternura, de aquella generosa gratitud, patrimonio de las almas sensibles.

El convencimiento de que las faltas de Emilia eran hijas de su mala índole, puesto que el temor del encierro ó de quedarse sin postres hacia que se contuviera, este convencimiento, digo, atormentaba á la buena madre y á la cariñosa abuelita: hay en los niños travesuras que

nacen de la vivacidad de la imaginacion, que se pueden perdonar; pero los defectos calculados y combinados con la ocasion encierran una malicia solapada y una bajeza de sentimientos que no tienen eseusa ninguna.

Las habladurías de Emilia eran tambien insoportables: contaba á sus compañeras de colegio cuanto sucedia en su casa; daba igual satisfaccion á las visitas que iban, y como toda persona habladora, se iba acostumbrando insensiblemente á mentir, porque, cuando no tenia nada que charlar, inventaba tonterías que vendia como verdades.

Un dia en que habia ido al colegio tarde, segun costumbre, y que por esta razon la habia reñido su mamá, volvió muy contenta á su casa.

—Mamá, dijo al entrar, hoy ha ido al colegio una niña pobrecita; la maestra le ha mandado que se sentase á mi lado, y me ha dicho que yo le enseñaré desde mañana á leer y á hacer dobladillo.

—Eso será para ver si estando entretenida consigue que no charles, repuso la mamá sonriéndose.

—La niña se llama Mariana, continuó Emilia; ha ido á encargársela á la señora directora una viejecita ciega que llevaba un perro sujeto á un cordón, y este cordón atado á su brazo; la pobre ciega lloraba mucho, mucho.

—¿Ha llevado alguna labor esa niña? preguntó la Sra. de Alvarez, cuya curiosidad se despertaba con la narracion de Emilia.

—No, mamá, respondió la niña; su abuela, que es la viejecita, ha dicho que no podia comprarle tela para que trabajase, y la señora directora le ha dado un pedazo de lienzo blanco, aguja, hilo y dedal: desde esta tarde le enseñaré yo á hacer dobladillo.

Al dia siguiente, la Sra. de Alvarez llevó á su hija al colegio. Emilia ocupó su sitio al lado de Mariana, que acababa de llegar.

Esta niña tenia una fisonomía bondadosa, y podria contar unos siete años; era su semblante tan inteligente, que llamaba desde luego la atencion. Emilia empezó á desempeñar su papel de maestra con mucho placer, mientras su mamá se informaba de la señora directora acerca de la situacion de Mariana y de su abuela.

—¡Ah, señora! exclamó la directora á la primera pregunta de la Sra. de Alvarez. ¡Mariana es nieta de una mujer muy honrada, á quien conozco desde hace muchos años! Vivía con su hija, casada y madre de Mariana; pero hace seis meses que aquella y su esposo han perecido, víctimas de una enfermedad maligna; un hermano mioda á la pobre anciana dos reales diarios, y un cuartito en el patio de su casa; y yo me he encargado de la educacion de la inocente Marianita, que es buena como un ángel.

Luego que la directora del colegio dejó de hablar, la madre de Emilia fijó sus ojos en la pobre huérfana, que seguía dócilmente los preceptos imperiosos de su maestra, y poco despues se volvió á su casa.

A los dos dias era domingo: despues de oír misa, Emilia fué con su mamá á casa de la abuela de Mariana, que ocupaba un cuartito en un patio oscuro, húmedo y miserable.

Quando entraron, estaba la niña ocupada en quitar el polvo á cuatro sillas muy viejas, únicas que se veían en la habitacion: esforzóse en acercar una para la madre de Emilia, y la saludó

cortesmente, conduciéndola al asiento que le habia preparado junto al lecho de su abuela; que aun permanecia acostada.

—¿Quién ha venido, hija mia? preguntó la pobre ciega incorporándose en el lecho.

—Es la buena señorita que me enseña á coser, que está aquí con su mamá, respondió Mariana sin aturdirse en lo mas mínimo: luego acercó otra silla para Emilia, y continuó limpiando.

Su maestra la seguia con los ojos: la miró terminar su limpieza, y luego acercarse á un pequeño fogon, colocado en un ángulo de la habitacion, y preparar una sopa con suma soltura y agilidad.

—¿Qué sabes hacer, sopa! preguntó Emilia admirada.

—Sí, señora, respondió Mariana con dulzura.

—¿Quién te ha enseñado?

—Mi abuelita me ha explicado cómo se hace.

—¿Y la haces todos los días?

—Todos.

—¿Sin cansarte?

—¿Quién, si me cansara, haria el desayuno para mi pobre abuela, y quién me lo daria á mi?

—¿Y quién desempeña las demás haciendas de la casa?

—Yo, señorita.

—¿Tú!

—Yo sola: ya lo sé hacer todo: yo barro, hago nuestra sopa por mañana y noche, arreglo esa cama grande en que está acostada mi abuela, y en la que también duermo yo, la ayudé á vestir y la acompaño.

—¿Y no vas nunca á jugar?

—No tengo tiempo para eso, señorita; aunque guardo una muñeca de trapos, que me hizo mi pobrecita madre cuando vivía.

—¿Por qué no dejas los quehaceres y juegas con ella? Tu abuela es ciega y no vé lo que haces.

—Pero me vé Dios, que sabe lo que hacemos todos.

Emilia quedó suspensa oyendo esta contestación, y guardó silencio.

—Yo, continuó Mariana, rezo todas las mañanas para que Dios me haga buena, y le pido á la Virgen cada noche que me libre de todo mal. Y usted, ¿no reza, señorita?

—No, contestó Emilia algo confusa.

—¡Es posible! ¿Y por qué?

—Por la noche tengo sueño, y por la mañana prefiero ponerme á jugar.

—Vea Vd. por qué dicen en el colegio que es usted tan mala, repuso Mariana con sencilla conviccion. Las niñas que no rezan son todas perversas é inobedientes: así lo dice mi abuela.

Entretanto que Mariana hablaba con su jóven maestra, su abuela pintaba á la madre de Emilia su triste situacion: cuando acabó su relato añadió:

—¡Ah, señora! Mi único consuelo es mi nietecita; esa criatura cuya docilidad y buena índole me aseguran que será un dechado de virtud: no puede Vd. imaginarse el esmero con que me cuida, y la laboriosidad que despliega en tan pocos años: ella está dotada del carácter mas dulce, del corazon mas bello, y solo viéndola puede formarse una idea aproximada de sus hermosas cualidades.

—La veré desde hoy si V. quiere, Sra. Mónica, dijo la madre de Emilia á la anciana: todos los dias vendré con mi hija á pasar un rato con usted: la mala índole de Emilia necesita el ejem-

plo de la preciosa Mariana: el carácter de mi hija es tan indómito como suave el de aquella y deseo que el trato de su nietecita corrija á Emilia de sus muchos defectos. Permítame Vd., señora Mónica, que me encargue de la suerte de Vd. y de la de Mariana.

La Sra. Mónica dió gracias á su protectora con la gratitud mas viva, y esta, despues de una hora, durante la cual se hicieron las niñas las mejores amigas del mundo, se marchó con Emilia, despidiéndose esta de Mariana hasta el dia siguiente que se verian en el colegio.

—¿Qué buena es Mariana! exclamó Emilia sin poderse contener, no bien se vió en la calle.

—¿Qué es lo que mas te admira en ella? preguntó su mamá sonriéndose.

—Yo no sé, contestó la niña: pero todo me parece bien: cuando habla de su abuela, si vieras tú, mamá, ¡qué bonita se pone! además dice que reza todas las noches y mañanas, y cuando ella hace lo que tú me mandas á mí que haga, debe ser muy buena; ¡oh! ¡yo la quiero con todo mi corazon!

—¿Por qué es buena?

—Sobre todo por eso. —
 —Dé ese modo, ella no debe quererte á tí nada,

repuso la Sra. de Alvarez.
 —Porqué, mamá?

—Porqué tú eres mala.
 Emilia guardó silencio, y su mamá prosiguió:

—No hay nada en el mundo mas amable, y que mas atractivos ejerza, que una niña buena, dulce, obediente; sin un carácter bondadoso, todas las ventajas de la hermosura y de la riqueza no pueden hacernos amar de nuestros semejantes; tú misma, hija mia, puedes juzgar de la verdad de mis palabras: vives en una hermosa casa; tus padres son ricos; vistes preciosos trajes, tienes muchos criados, y finalmente cuantos te ven dicen que eres muy hermosa: ahora bien, con todos estos dones de la fortuna y de la naturaleza nadie te ama, y únicamente te toleramos los que no tenemos otro remedio y los que por obligacion debemos sufrirte: ¿es esto cierto?

—Sí, mamá! respondió Emilia ruborizada.

—No sucede lo mismo á Mariana: todos la aman, todos desean hacer algo por ella; ¿y sabes porqué? porque ella tambien es buena, ama-

ble, previsora: el que quiera ser amado debe hacerse amable, pues el cariño no se impone, y la simpatía es independiente de nuestra voluntad: esa criatura, pobre, miserable, que necesita de la pública caridad para poder vivir, alcanza mas afecto, mas deferencias, que la rica y bella señorita de Alvarez.

Acabando de pronunciar estas palabras la mamá de Emilia, llegaban ambas á la puerta de su casa: la niña, cabizvaja y pensativa, tomó sus libros y se puso á estudiar con mucho mayor afán de lo que acostumbraba: pensaba en Mariana, y se dijo que en adelante la imitaria en todo para ver si, siendo buena, alcanzaba mas cariño de todos.

Desde aquel dia, el modelo se le presentó con nuevas y mayores perfecciones, pues realmente el carácter de Mariana estaba dotado de una sorprendente hermosura.

El estrecho y mísero círculo, en que antes habia vivido, no habia dejado brillar las gracias de su índole y su extrema docilidad. Servicial con su bienhechora, atenta á sus lecciones en el colegio, aventajó muy pronto á Emilia en todas

las materias que á entrambas se enseñaban; siempre callada, contestaba, sin embargo, con dulzura cuando le preguntaban y jamás una palabra indiscreta salía de sus lábios.

La cualidad que mas sobresalía en ella, era una extrema sumision á todo cuanto su abuela ó su protectora le ordenaban.

Todas las mañanas, no bien se levantaba, rezaba sus oraciones, y pedia á Dios la gracia de ser buena; y cada noche, antes de dormirse, le rogaba tambien que conservase la vida de su abuela, de sus bienhechores y de la hija de estos.

Tan buen ejemplo hizo al fin que Emilia conociese sus defectos en toda su fealdad: poco á poco, se volvió sumisa con su abuelita: y lejos de abusar de su bondad, al cabo de poco tiempo la obedecia como Mariana á la suya.

Dos años hacia que la Sra. de Alvarez protegía á la anciana Mónica, cuando murió esta, cuidada y asistida con el mayor esmero.

Antes de cerrar sus ojos para siempre, rogó á los padres de Emilia que no desamparasen á su nietecita, á la cual dejaba sola en el mundo.

Ellos le prometieron que la buena Mariana sería la hermana de su hija; y, en efecto, el mismo día en que espiró la Sra. Mónica, se la llevaron á su casa.

La amable y sensible huerfanita sintió sobremanera la muerte de su abuela, que habia pasado á mejor vida, cuando aun llevaba ella luto por sus padres, y rezó durante largo rato junto al cadáver derramando abundantes lágrimas.

Los Sres. de Alvarez la dejaron desahogar su dolor, y luego la hicieron levantar del sitio donde se habia arrodillado temerosos de que tan estremada afliccion perjudicase su salud, en una edad tan tierna.

—Basta de llorar, hija mia, le dijo la señora de Alvarez: Dios no quiere que nos aflijamos demasiado por los bienes que nos quita, y la mayor prueba de amor que podemos darle es sujetarnos sin esfuerzo á su santísima voluntad: has perdido á tu madre, es cierto: pero tienes otra en mí, que te amará con la misma ternura.

—¡Ah, señora! exclamó Mariana, besando las manos de su bienhechora: ¿qué seria de mí, pobre niña huérfana, sin su caridad? ¿cómo po-

dré pagarle todo cuanto hace por mí? pero no dude Vd. que yo sabré agradecerlo, y que tendrá en mí una segunda hija, que la querrá tanto como la suya propia.

—Así lo espero, Mariana, dijo la Sra. de Alvarez: y ahora vamos á casa donde nos estará esperando Emilia con impaciencia.

Mariana enjugó sus ojos, y siguió á su bienhechora, no sin volver á besar en la frente á su pobre abuela, cuya alma moraba ya en el seno de Dios.

—Aquí tienes á tu hermana, Emilia, dijo la señora de Alvarez, presentándole á su protegida: desde hoy ocupareis la misma habitacion y vestireis iguales trajes, siendo en todo la misma vuestra educacion.

En efecto; las dos amigas fueron instaladas en una preciosa salita que tenia dos alcobas, en cada una de las cuales habia una linda camita de acero, con colgaduras de muselina blanca.

La silleria era de limonero con los asientos de raso azul: y dos mesas con colgaduras, como las de las camas, sostenian dos tocadores iguales.

Desde aquel dia, ya no fué menester regañar

mas á Emilia porque se levantaba tarde, porque no queria rezar, ó porque se dejaba olvidados los libros de las lecciones: ¿pero se debia á ella tan favorable mudanza? no por cierto. Mariana era la autora de ella; Mariana, que con el cuidado de llamar á su amiga despertaba con el alba, se vestia, y se sentaba con la paciencia de una mártir junto al lecho de aquella, llamándola sin cesar hasta que se despertaba.

Luego la vestia ella misma, la peinaba y la ayudaba á repasar sus lecciones, pues, como ya he dicho antes, estaba mucho mas adelantada que Emilia.

No obstante, en una ocasion, á pesar de todo el empeño y de todo el esmero que ponía Mariana en ayudar á Emilia á vencer todas las dificultades en el estudio y en las labores, estuvo esta un mes con una sola leccion: cansada la directora de tan rebelde tenacidad, declaró un dia que no iba á casa, y que se quedaba encerrada en el cuarto destinado á guardar á las desaplicadas.

Mariana, al oír la fatal sentencia, se puso pálida, y pensó en el disgusto de los padres de

Emilia cuando vieran que esta no iba á casa y á toda costa decidió salvar á su amiga de aquel afrentoso castigo.

Acercóse á la directora llorando, y con las manos juntas, le suplicó que la dejase á ella encerrada en lugar de Emilia.

—Eso no puede ser, respondió la directora: usted, querida mia, ha desempeñado perfectamente su obligacion: ningun dia ha escrito mejor la plana ni ha bordado con mas primor que hoy. No es justo, pues, que Vd. pague la culpa de esa señorita, que se quedará aquí hasta el anoche.

—¡Ah, señora! repuso Mariana: piense Vd. en la aficcion de su mamá cuando sepa su castigo: y recuerde que yo no tengo padres á quienes dar tan amargo sentimiento!

La directora, enternecida por aquella elocuente súplica, se negó sin embargo á acceder á ella, porque era muy amante de la justicia: y entonces Mariana le rogó que la encerrase tambien con su amiguita para que esta no estuviese sola y triste.

Accedió por fin la directora á este deseo, y

la criada, que fué á buscar á las niñas, llevó á sus señores la noticia del sacrificio de Mariana, por mas que esta encargó dijese que se habia quedado en castigo de no haber sabido tampoco la leccion.

Aquel dia pasó, y por la noche volvieron las dos niñas á su casa. Emilia, sériamente reprendida por la directora, por su inaplicacion y desobediencia: y Mariana llena de elogios por su nobleza y generosidad.

Cuando llegaron á su casa, la Sra. de Alvarez recibió á entrambas con rostro severo, y las reprendió fuertemente por sus faltas, como si estuviera persuadida de que las dos eran igualmente culpables.

Las dos niñas callaron humildemente: pero Emilia abrió la boca dos ó tres veces para declarar la inocencia de su generosa amiga: no obstante, la vergüenza de aparecer como la sola culpable la contuvo, y guardó silencio, añadiendo á sus faltas de aquel dia la odiosa culpa de la ingratitud.

Acostáronse las dos niñas segun costumbre, despues de haber rezado las oraciones de la no-

che, y Mariana se durmió al instante con la tranquilidad de una conciencia pura.

Pero no sucedió lo mismo á Emilia; el remordimiento alejaba el sueño de sus párpados, y aunque le causaba envidia el tranquilo reposo de su amiga, su agitacion crecia á cada instante.

Una voz interior le gritaba que era culpable por haber permitido que su mamá reprendiese y castigase á la buena é inocente Mariana: y esta voz no le dejaba conciliar el sueño por mas que lo procuraba, ya sujetándose á una inmovilidad completa, ya escondiendo su cabeza bajo las ropas de su lecho.

Atormentada, casi asustada de la soledad de la noche, se le ocurrió la idea de ir á buscar á su madre, y confesarle su falta, á fin de ver si con su perdon podia dormir tranquilamente: pues nada atrae tanto al sueño como la certeza de que somos buenos.

Emilia se incorporó en el lecho: la estancia estaba alumbrada por una lamparita de plata que pendia de la pared por medio de un cordon de seda, y aquella débil luz derramaba una claridad dulce y agradable sobre todos los objetos.

La arrepentida niña buscó su bata de levantarse y se abrigó con ella: luego abrió con mucho cuidado la puerta de su cuarto y se dirigió al de su mamá, situado á larga distancia del suyo.

Para llegar á él, tenia que cruzar Emilia un estenso corredor que estaba completamente á oscuras.

Al salir de la antesala, alumbrada débilmente por la luz de la luna, que entraba por una ventana, la niña dirigió su vista á lo largo del corredor y tembló de miedo, porque jamás habia sido muy valiente: la ténue claridad, que alumbraba el corredor, solo servia para aumentar las sombras, que se amontonaban en los sitios en que no habia ventanas.

Emilia quiso dos ó tres veces volver atrás y desistir de su propósito: pero reflexionó que lo que iba á hacer era una buena accion, y que despues de ejecutada descansaria mas tranquila, y prosiguió andando por el corredor, hasta llegar á la puerta del cuarto de su madre.

—Tal vez estará acostada y durmiendo, pensó Emilia: pero en el mismo instante vió que salia

un rayo de luz á través de la cerradura y llamó suavemente á la puerta.

—¿Quién es? preguntó la Sra. de Alvarez.

—Yo, mamá, respondió Emilia.

La puerta se abrió al instante, y Emilia se halló en los brazos de su madre que la sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué es lo que te sucede, hija mia? exclamó asustada y olvidando su anterior enfado: ¿estás enferma? ¿te duele algo? vamos habla, para que me saques de esta pena.

—No estoy mala, mamá, respondió la niña ruborizada: pero es todavía peor lo que me pasa; he sido mala, muy mala, y no puedo dormir pensando en mi falta: por eso he venido á confesártela y á que me la perdones.

—Ya está perdonada, hija de mi alma, repuso la Sra. de Alvarez, y perdonada sin que tú me la digas, porque sé cual es.

—¿Cómo, mamá!

—Sí: venias á decirme que Mariana se habia quedado hoy castigada por gusto suyo, y por acompañarte en tu encierro, ¿no es verdad?

—Sí, mamá.

—Y para decirme que tu amiga era inocente, has desafiado el temor que tienes á la oscuridad y al frio de la noche, ¿no es cierto?

—Sí, mamá.

—¡Ah, hija mia! ¡lo que has hecho me llena de orgullo ¡y de alegría, porque es una accion digna, honrada, noble! mira, supe tu ingratitud con tu amiga, cuando os reñí á las dos y tú guardaste silencio, porque yo estaba avisada por la directora de que Mariana era inocente y solo se quedaba castigada por hacerte compañía: pero fingí no saber nada, para conocer hasta qué punto podia contar con la generosidad de tu carácter: al ver que nada decias para justificar á Mariana, me entregué al dolor, y mi pena no me habia permitido aun pensar en acostarme.

Vamos á tu cuarto, hija mia, añadió la señora de Alvarez, y sabe que hoy has hecho muy dichosa á tu madre.

Quando entraron la Sra. de Alvarez y su hija en el cuarto de esta última, hallaron á Mariana sentada en el lecho y llena de susto, pues habia notado la ausencia de su amiga. La madre de Emilia las confundió en un abrazo, y despues

de dejar acostada á Emilia en su lecho, volvió á su habitacion.

Al dia siguiente compró á cada una un cajon de juguetes.

Emilia se enmendó en breve de todos sus defectos: el amor que tenia á Mariana se aumentó con aquella rara prueba de generosidad, y no pasó un solo dia sin dar gracias al cielo porque le habia concedido tan tierna y escelente amiga.

FIN DE LAS DOS AMIGAS.

de dejar acostada á Emilia en su lecho, volvió á su habitación.

Al día siguiente compró á cada una un cajón de juguetes. Emilia se encontró en breve de todos sus defectos: el amor que tenía á Mariana se aumentó con aquella rara prueba de generosidad, y no pasó un solo día sin dar gracias al cielo porque le había concedido tan tierna y excelente amiga.

PAGE DE LAS DOS AMIGAS.

EL CARPINTERO.

Hace algunos años, vivía en Madrid una apreciable familia, rica en virtudes, cuanto pobre en bienes de fortuna: componíase del señor Bermudez, su esposa, y dos hijos hermosos, pero muy diferentes en sus caracteres é inclinaciones.

El mayor, llamado Arturo, tenía diez años: su hermana, llamada Margarita, contaba uno menos.

Arturo era violento, arrebatado y envidioso: la mas leve contradicción le irritaba consi-

derándola como una ofensa, y esto nacia de que, siendo por otra parte muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, tomaba por injuria la mas pequeña advertencia que se le hacia.

Margarita era muy dócil, y habia en su carácter y en su rostro una dulzura que atraia á cuantos la miraban.

Los padres de ambos conocian todos los defectos de Arturo, porque su cariño no rayaba en esa ceguedad perjudicial que no vé ninguna falta en el objeto amado: lejos de eso, meditaban incesantemente el medio de corregir á su hijo; pero no acertaban de qué modo conseguirlo.

La desgracia, que desde hacia tiempo se ensañaba con el señor Bermudez, le descargó otro nuevo y mas rudo golpe que todos los anteriores: el buen padre se vió privado del modesto destino que desempeñaba, despues de haber perdido, á consecuencia de una quiebra, todo su patrimonio, y la miseria amenazó de muy cerca á su pobre familia.

Fué preciso sacar á los niños de los colegios

en que se educaban, y sus padres tomaron sobre sí este cuidado.

Encargóse la mamá de la enseñanza de Margarita, y el papá de la educación de Arturo.

Pero el enfado y el aburrimiento se posesionaron del niño, de tal modo que su ceño no se desarrugaba en todo el día, ni la sonrisa visitaba jamás sus labios.

La soledad de su casa le irritaba, y suspiraba sin cesar por sus compañeros de colegio.

¿Y sabeis por qué?

Porque en el colegio habia muchos niños, como él y mas pequeños, á quienes dominaba y maltrataba con toda la irascibilidad de su carácter.

Es verdad que, en su casa, atormentaba todo lo posible á la pobre Margarita : mas, sin embargo, le contenia el respeto á sus padres, que constantemente le vigilaban.

La escasez de aquella honrada familia crecia cada día, y así hubo que despedir á los criados. Esta medida, lejos de atormentar á Margarita, la obligó á revestirse de un valor muy superior á sus cortos años, y la pobre niña se

preparó, con semblante alegre, á ayudar á su madre en todos los oficios de la casa.

Pero ¡quién será capaz de pintar la desesperacion del petulante Arturo, al ver la pobreza que le asediaba, al convencerse de que él mismo tenia que limpiar su ropa y su calzado, y que no podia ir ya á jugar al parterre del Retiro por no tener un criado que le acompañase!

En vano su buena madre y su cariñosa hermana trataron de consolarle, anunciándole dias mas felices para lo sucesivo: Arturo nada escuchaba; respondia con muy mal humor á cuantas observaciones se le hacian, y muchas veces lloraba desconsoladamente cuando se hallaba solo.

Una mañana, al llamarle á la hora de costumbre, se sintió dominado por un acceso tan fuerte de mal humor, que se negó á levantarse de la cama, á pesar de los ruegos y amonestaciones de su madre.

—Tengo sueño, respondia cubriéndose la cabeza con las ropas del lecho cuantas veces entraba Margarita para ver si se vestia.

De repente recorrió su cuerpo un movi-

miento de espanto, porque vió entrar á su padre con paso lento y semblante grave.

El señor Bermudez se sentó junto al lecho, y su hijo, conociendo que habia obrado muy mal, se incorporó fijando en él una mirada de temor.

—Hijo mio, dijo el señor Bermudez: tu sabes que Dios nos ha enviado la pobreza para que sustituyera á la holgada medianía de que antes disfrutábamos: no nos quejemos de sus juicios, pues jamás nos dá ni puede darnos mas que aquello que nos conviene: pero es preciso ayudarnos en las calamidades, para que él nos ayude tambien; por lo tanto, Arturo, vas á dejar la casa de tus padres, y á entrar, como aprendiz, en la de un carpintero.

El niño, mudo de sorpresa, no supo que contestar: su padre prosiguió de esta suerte:

—En tiempos mas felices pensé darte una carrera digna de nuestra posicion: hoy nuestra posicion es la mas humilde y precaria, y conviene, mi querido Arturo, que te acostumbres á las rudas tareas del artesano: veo además, que nuestra compañía y nuestra pobre casa te

disgustan , y como yo solo deseo tu bien , he resuelto que mudes de compañía , de costumbres y de vivienda , para ver si así te va mejor.

Arturo quedó absorto: pero, en medio de la natural dureza de su carácter , no sintió tanto la separacion de sus padres , como la vida de trabajo que en su concepto se le imponia.

Atormentado por estos pensamientos , preguntó á su papá :

—Tendré que trabajar en casa del carpintero ?

—Desde el amanecer , hasta la noche.

—¡ Pero si yo no sé ese oficio !

—Vas para aprenderlo.

—¿ Y qué tendré que hacer ?

—El maestro te lo explicará : pero vistete y vamos , que hoy debo presentarte á él.

El señor Bermudez salió de la estancia , y Arturo , bañado en lágrimas , se puso su elegante tragecito azul que aun se hallaba en muy buen estado.

Apenas acababa de hacer esta operacion , entró Margarita en su cuarto , llorando á lágrima viva.

—¿Conque te vas? le dijo abrazándole.
—Sí, ¡así lo ha dicho papá! respondió Arturo tristemente.

—¿Y cuando volverás?
—¡No sé!

—¡Ay hermano! tu te quejabas de casa, pero cuánto mejor estabas aquí, que estarás en casa del carpintero!

—No hay que lamentarse, dijo el señor Bermudez que penetró en la estancia: Dios santificó la pobreza, eligiéndola para sí: san José fué tambien un humilde carpintero, y la verdadera deshonra no está en ser pobre, sino en ser malo: procura, Arturo, ser mejor aprendiz que has sido hijo y hermano: y piensa que no hay desgracia en el mundo, por grande que sea, que no pueda ser mayor.

Dicho esto, tomó el señor Bermudez á su hijo de la mano, y le llevó al cuarto de su madre para que se despidiese de ella.

Pero contra lo que esperaba Arturo, su madre no lloraba ni estaba triste por su ausencia: al contrario, le dirigió una severa mirada y le encargó que aprendiera á ser laborio-

so en casa del carpintero, y sobre todo á tener paciencia.

Despues de un último abrazo á su mamá y á su hermana, salió Arturo con su papá quien le llevó á casa del carpintero, su maestro futuro.

El taller estaba á bastante distancia de su casa; y al llegar á él, el pobre Arturo sintió el corazon fuertemente oprimido.

Era una tiendecilla oscura y miserable la del carpintero, y estaba situada ademas en un callejon sin salida, por el cual no pasaba ni una sola persona en todo el dia. Arturo, que era vano y orgulloso, sentia un profundo dolor cuando pensaba que le iban á colocar en un taller grande, elegante y lleno de oficiales como los que él habia visto cuando iba á paseo todas las tardes con su hermanita: podeis juzgar ahora, mis queridos niños, cuál seria su pena al verse en aquella tiendecita reducida, pobre mas bien que modesta, y ocupada solo por un hombre de aspecto duro y de gran barba negra, que era el maestro.

—Aquí está mi hijo, Sr. Cristobal, dijo el señor Bermudez: no tenga Vd. consideraciones con él,

porque deseo que sea con el tiempo un hombre de bien y un excelente obrero; si falta á su deber, castíguele Vd., porque la correccion es saludable para los caracteres rebeldes.

Luego, volviéndose á Arturo, continuó:

—Te deseo mayor dicha aquí que al lado de tus padres, á quienes tan poco amor y resignacion has demostrado; sé bueno, para que Dios te haga dichoso.

Al acabar de pronunciar estas palabras, salió el Sr. Bermudez de la tiendecita, dejando á su hijo en compañía del carpintero.

Arturo siguió á su padre con una mirada llena de lágrimas; el terror, el remordimiento se iban posesionando de su pobre corazon, comprendiendo entonces toda su ingratitud y el justo castigo que le amagaba.

Bien hubiera querido correr tras de su padre y darle el último abrazo; pero el temor, y mas que el temor la vergüenza, se lo impidió.

Quando obramos mal, queridos niños míos, se apodera del corazon una triste timidez, una cortedad invencible, que embaraza nuestras expansiones y nos priva de demostrar nuestro afec-

to á las personas á quienes hemos ofendido. La persona á quien habia ofendido Arturo era su propio padre: un padre bueno, indulgente, generoso por excelencia, y ademas desgraciado: y no es posible esplicaros cuan culpable es el hijo que aumenta, con su dureza y su desobediencia, las penas de los que le dieron el ser.

Arturo fué distraído de sus tristes reflexiones por la bronca voz del carpintero, que le dijo con aspereza:

—¡Muchacho, pon á calentar la cola!

El nuevo aprendiz se volvió con el rostro lleno de lágrimas; pero Cristobal añadió:

—No me gustan los pucheritos; aquí has venido á trabajar y no á llorar, buena pieza; y te advierto que si te oigo gemir ó no andas muy listo en cumplir con tus obligaciones te bajaré á una cueva muy oscura que tengo, y que ademas está llena de arañas y ratones.

Arturo, que temia muchísimo á estas dos clases de animales, enjugó presuroso sus lágrimas; y el carpintero repitió con su terrible acento:

—Vamos, vamos; recoge cepilladuras y algunas astillas de las que hay por el suelo, y en-

ciende una hoguera, ahí á la puerta de casa. Arturo obedeció, aunque con sumo trabajo, pues la educacion mimosa y esmerada que habia recibido le imposibilitaba para toda faena material; aunque contaba diez años, parecia mas endeble y mas torpe que otros niños de seis; pero el adusto carpintero y su cueva le inspiraban tanto terror que hizo cuanto pudo para cumplir del mejor modo posible su comision.

Cuando la llama prendió, elevándose con su resplandor alegre en aquella oscura calleja, Cristobal señaló al aprendiz un pequeño perol lleno de cola para que la pusiera á calentar, ordenándole que no dejara de darle vueltas con una astilla.

—Para esta operacion te mancharás mucho, añadió; y así, ve á tomar aquel mandil blanco, de lienzo, que hay colgado de un clavo en la tienda.

El rubor coloreó la frente de Arturo: ¡él, tan elegante, tan pulcro, tenerse que poner aquel horrible delantal, que empezaba en el cuello y bajaba hasta los piés! Sacrificio era este muy superior á sus fuerzas, pero que, sin embargo, tuvo que aceptar.

Mas, al ir á tomar el mandil, volvieron á correr gruesas lágrimas por sus mejillas, y se acordó con angustia de cuando pateaba de ira al mandarle su mamá que se limpiase el calzado en la soledad de su cuarto, y sin que nadie viese lo que hacia.

Cubierto ya con aquel lienzo, que él creia infamante, se puso á dar vueltas á la cola, hasta que el carpintero se la pidió.

Poco despues dieron las doce: Cristobal le mandó cubrir con una servilleta gruesa una mesilla coja, y sobre ella colocó el mismo maestro una gran cazuela de arroz con tocino y un pan moreno; puso despues en un plato una buena cantidad de arroz, y lo alargó á Arturo con una cuchara de madera y de una limpieza muy dudosa.

El pobre muchacho tomó el plato é intentó comer de él, pero no pudo lograr que su estómago, ni aun su paladar, admitiesen la mas pequeña parte de aquel manjar que era uno de los que mas aborrecia en el mundo.

—¡Cómo! ¿Te haces el delicado, chico? le preguntó Cristobal, que comia á dos carrillos.

—No me gusta esto..... contestó tímidamente Arturo devolviéndole el plato.

—Pues no esperes mas regalos, dijo el carpintero; aquí no hay otra cosa.

—Comeré un poco de pan.

—El pan, si no va acompañado de alimentos sanos y calientes, hace daño á los niños, y á ti te pondria mas encanijado de lo que estás.

Y esto diciendo, el terrible carpintero Cristobal volvió á tomar el pedazo de pan que habia destinado á Arturo, y se lo comió en dos ó tres bocados.

El pobre aprendiz empezó á sollozar; pero Cristobal, sin alarmarse por tan poca cosa, tomó una gran llave que pendia de un clavo, y al mismo tiempo cogió á Arturo de un brazo.

—Anda, muchacho, anda, le dijo empujándole hácia una puertecita muy pequeña; anda, y en la cueva gemirás á tus anchas, y sin que me causes molestia alguna.

—¡Ah, por Dios, señor! exclamó Arturo cayendo de rodillas á los piés del carpintero. ¡Por Dios, le ruego que no me haga bajar á la cueva! ¡Tengo mucho miedo á las arañas! ¡Yo seré bue-

no, trabajaré, no lloraré mas! ¡Pero á lo menos no me obligue Vd. á comer eso, que ni me gusta ni lo podré tragar.

—Está bien, repuso Cristobal volviendo á dejar la llave en su sitio; no te obligaré á comer lo que no quieras, porque estoy seguro de que muy pronto pedirás como un favor el alimento á que ahora haces tantos ascos. ¡Eh, á cepillar esta tabla!

Arturo, contento con haber escapado del encierro, se puso á ayudar á su maestro en el penoso trabajo que le habia encomendado; apenas podia su mano con el cepillo, y de su frente brotaba el sudor; pero el temor al castigo le daba fuerzas y trabajó toda la tarde con gran docilidad, si bien con poco fruto, pues estaba muy torpe.

Al anochecer le mandó Cristobal volver á cubrir la mesa, y al momento que lo estuvo, el mismo carpintero colocó sobre ella la cena, que la componia una gran fuente de sopas.

Arturo nunca habia querido probar las sopas en casa de su padre; pero el ejercicio corporal, y la circunstancia de no haber comido nada en

todo el día, le habían despertado tal apetito, que comió su parte hasta con placer.

Acabada la cena, le dijo Cristobal que le siguiera, y ambos subieron por una escalerilla que conducía á una especie de camaranchon, en un ángulo del cual había una cama, en extremo miserable, y un gergon cubierto con unas sábanas muy gruesas, y una manta vieja en otro lado.

El carpintero señaló este último lecho á Arturo, y encendiendo un cabo de vela de sebo, que dejó en el suelo, le mandó que se acostara, previniéndole que al día siguiente tenía que levantarse con el alba.

Dicho esto, salió Cristobal del camaranchon y bajó la escalera; á poco se oyó el ruido que hacía al cerrar la puerta de la calle.

Arturo temía que el carpintero le hubiera dejado solo en la casa, y se asomó á la puerta; pero nada oyó, y este silencio vino á confirmar sus temores: aterrado, lloroso, se atrevió á llamar en voz baja y temblorosa.

—¡Sr. Cristobal! ¡Sr. Cristobal!

El mismo silencio le respondió.

Volvió á llamar con mas fuerza, y tampoco obtuvo respuesta.

Entonces, lleno de angustia, pues era muy medroso, empezó á llorar; pero su misma voz le espantaba, y poco á poco fué bajándola, aunque aumentaba su pena y su sobresalto.

Absorto en su dolor, no advirtió que el cabo que le habia dejado el carpintero se consumia, y la oscuridad le sobrecogió de repente, como un nuevo y formidable enemigo.

Entonces, el pobre niño recordó las palabras que su buena madre le habia dicho tantas veces, cuando le reprendia porque hacia estar á una criada junto á su lecho hasta que se dormia.

—Las oraciones ahuyentan al miedo, porque el ángel de nuestra guarda nos cubre con sus alas. Reza, y Dios te acompañará.

Sentóse, pues, en el borde de la cama, y empezó á rezar con fervor verdadero, y Dios le oyó, como oye siempre á los niños que le imploran, porque bien pronto un sueño benéfico vino á cerrar sus párpados, y le hizo olvidar sus pesares.

Apenas hacia un cuarto de hora que dormia,

cuando se abrió la puerta muy despacio, y dos hombres aparecieron en el umbral, llevando el uno de ellos una linterna en la mano. Acercáronse al aprendiz, y le contemplan durante algunos instantes.

—¡Pobre hijo mio! ¡Cómo duerme! murmuró el que no llevaba la linterna. ¡Veo aun en sus mejillas las huellas de sus lágrimas! ¡Cuanto habrá padecido!

—Valor, Sr. Bermúdez, repuso el de la linterna, que no era otro que Cristobal el carpintero; ya sabe Vd. que lo que hace es solo por su bien.

—¡Ay, Cristobal! ¡Que es muy duro para un padre el tener que imponer tales correcciones á su hijo! Yo padezco mucho mas que él.

—No, pues lo que es el chico ha llevado hoy un mal dia; tal vez se quejará á Vd. de mi excesivo rigor, pues le amenacé hasta con bajarle á la cueva.

—¿Quejarse él? No lo crea Vd., Cristobal; es fuerte, y ademas muy callado. ¡Así fuera dócil como es reservado y orgulloso!

—El se corregirá de sus defectos con la ayuda de Dios.

—Y con la de Vd., Cristobal. Jamás olvidaré que ha dejado su gran taller y sus obreros para venir á esta miserable casilla á desempeñar el papel que yo le he encomendado.

—¿Qué no haré yo por mi antiguo y querido amo, y mas ahora que se halla en la desgracia? El taller queda al cargo de mi hermano, y ya sabe Vd. que es otro yo.

—Lo sé, Cristobal; pero debo comunicar á Vd. una noticia que me parece le alegrará; van á darme un destino muy bueno en uno de los ministerios.

—¡Ah! ¿De veras, señor?

—Sí: es ministro uno de mis mejores amigos, uno de los hombres mas generosos que conozco, y me ha ofrecido mejorar mi suerte y hacer esta ventaja durable; pero salgamos, Cristobal, pues temo que mi hijo despierte.

El buen padre besó suavemente las mejillas de Arturo, y salió, no sin volver muchas veces la cabeza para contemplarle.

Entre tanto que su hermano quedaba sometido á las duras pruebas que debian suavizar su carácter discolo é irascible, Margarita desplegaba

al lado de su madre todas las bellas prendas del suyo; jamás en tan tierna edad se vió otra criatura mas complaciente, mas laboriosa, mas sufrida: levantábase muy temprano, y aseaba su misma alcoba, ayudando despues á su mamá en todos los quehaceres de la casa; viendo que su peinado ocupaba un largo rato cada dia, aprendió ella misma á disponer y limpiar sus cabellos del mejor modo posible; despues que concluia de llenar todos sus deberes, se sentaba á hacer labor cerca de su madre, sin alzar la cabeza, aun cuando aquella se levantase para atender á algun cuidado de la casa.

Esto justamente era lo que mas admiraba, no solo á todas las personas que visitaban á sus papás, sino tambien á una señora de edad y á su hija, cuya casa estaba situada en frente de la de Margarita. La aplicacion de esta niña las tenia encantadas, porque es sabido que casi todas las niñas, así que se separan de su lado la maestra ó la mamá, ya no dan una puntada, hasta que las oyen volver; esto, ademas de ser una desobediencia, es una falta vergonzosa, que indica muy poca delicadeza en las niñas que la cometen, pues

da á entender que solo el temor del castigo es lo que las hace trabajar, cuando la aplicacion debe ser efecto del convencimiento.

—¡Qué niña tan encantadora! decia á su mamá la señorita vecina. ¡Qué aplicada, qué dulce, qué modesta es!

Un dia que repetia estas palabras, miró casualmente Margarita hácia el balcón de la jóven, y esta le hizo una señal para que lo abriera.

La niña interrogó á su madre, y esta abrió el balcón enseguida.

—¿Quieres venir á comer hoy conmigo, querida mia? preguntó á Margarita la hermosa jóven.

—Si mamá me lo permite, con mucho gusto, respondió Margarita con aquella gracia y dulzura que la hacian dueña de todos los corazones.

—Mi hija y yo nos honramos mucho con esa invitacion, señorita, respondió la Sra. de Bermudez con gratitud.

—De ese modo, señora, suplico á Vd. que nos haga el favor por completo, dijo á su vez la señora, madre de la jóven: dé Vd. permiso á la niña para que deje por hoy su labor y pase á hacernos compañía.

Un instante despues, Margarita se hallaba en los brazos de sus vecinas.

—¿Cómo has venido sola, hija mia? preguntó la madre de la jóven.

—Porque no tenemos criada, señora, respondió Margarita.

—¡Cómo!

—Mi papá ha sido rico; pero hoy es pobre y desgraciado. Mamá y yo hacemos todas las labores de la casa, y como estamos tan cerquita me ha permitido que viniera sola.

La anciana y su hija enjugaron una lágrima al oír el noble y sencillo lenguaje de la niña, y luego la segunda procuró distraerla.

Después de la comida, en la que Margarita dió pruebas de la mas esmerada educacion y de la mayor compostura, avisó un criado que el coche esperaba, y las tres fueron conducidas al teatro en una magnífica berlina.

La anciana señora era la condesa viuda del Alamo, que vivia en aquel barrio solitario, deseosa de hallar la quietud que sus años y sus achaques necesitaban; pero sus bienes eran tantos que, ademas de proporcionarle gran lujo y co-

modidad, le permitian socorrer con pródiga mano á muchas familias desgraciadas.

Desde aquel dia miró á la linda Margarita como á otra hija suya, y la llenó de regalos, remediando de este modo con la mayor delicadeza la pobreza de sus padres.

Llegó el dia 10 de junio, en que la iglesia celebra la fiesta de la santa reina de Escocia, Margarita; el calor no era aun sofocante, y la condesa y su hija debian salir para unos baños de Francia aquella misma noche.

Como dia de su santo, y como el último que por entonces habian de permanecer en Madrid, Margarita lo pasó desde muy temprano en casa de sus amigas; estas recibieron muchas visitas aquel dia, pues sus amigos querian saludarlas antes de su partida; despues de comer, la condesa llamó á un criado para que llevase á la niña á su casa.

—Toma, Margarita, le dijo al despedirse, poniendo en el bolsillo de su delantalito de seda un papel enrollado; toma, hija mia, y dí á tus papás que este papel es el regalo que yo te hago por el dia de tu santo.

—Y estos son los míos, dijo la jóven dando á Margarita un estuche de terciopelo blanco y al criado un voluminoso paquete.

Luego abrazaron ambas á la niña, que se fué á su casa con el criado.

Margarita, así que llegó á su habitacion, repitió las palabras de la condesa del Alamo y de su hija, depositando en la falda de su madre el estuche y el paquete, en tanto que su padre desdoblaba el papel que llevaba en el bolsillo.

Pero, ¡cuál fué su asombro al ver que era una donacion, hecha en toda regla, de una hermosa casa situada en la calle de Alcalá, y propiedad de la condesa!

—Mira, dijo con los ojos arrasados en lágrimas dando el papel á su esposa.

—Mira, dijo á su vez su esposa presentando en el estuche abierto una cascada de diamantes.

Era un aderezo digno de una reina, y en el centro del estuche se leía:

«Para Margarita, como premio de su dulzura y sumision.»

El paquete contenia dos trajes de señora, de seda, y sobre ellos un rótulo con estas palabras:

«Regalo de Margarita á su mamá en el día de su santo.»

Ademas de estos vestidos habia otros dos para la niña, de gran precio y de última moda.

El Sr. Bermudez y su esposa corrieron á casa de la condesa, que ya iba á subir á su carruaje.

—¡Señora, dijo la madre de Margarita, no podemos admitir tan enormes beneficios! ¡Da Vd. á mi hija cuantiosas sumas, y seríamos culpables aceptándolas.

—Aun me quedan para la mía algunas mas, querida amiga, repuso la anciana abrazando á la señora de Bermudez. Dios quiere que sea Margarita el ángel bienhechor de sus padres, y no podia dar mayor recompensa á su carácter celestial: mañana vayan Vds. á vivir á su casa; muy temprano irá mi apoderado y les entregará un semestre que acaba de cobrar de los inquilinos y que de derecho pertenece á Vds.

Y la buena señora, para sustraerse á los extremos de gratitud de los padres de Margarita, subió al carruaje, donde ya la esperaba su hija. Acto continuo partió el coche al trote del brioso tronco.

Durante algunos instantes, los dos pañuelos blancos que asomaban por la ventanilla, hizo á los esposos tiernas señales de despedida.

Al dia siguiente, y á eso de las siete de la mañana, la señora de Bermudez, vestida aun con su pobre traje, fué al taller de Cristóbal, acompañada de su esposo.

Diez dias hacia que se hallaba allí Arturo; y aunque en todos ellos no habia visto á sus papás, no creais, niños míos, que estos habian hecho lo mismo con él: todas las noches habian ido los dos, y le habian contemplado dormido y acariciado en medio de su sueño, derramando lágrimas amargas por el duro castigo que se habian visto obligados á imponerle.

Al verlos entrar aquella mañana, se sonrió Cristóbal con malicia: pero Arturo que á la sazón estaba de espaldas revolviendo la cola, de nada se apercibió.

—¡Muchacho! dijo el honrado Cristóbal ahuecando la voz, según su costumbre con el aprendiz: aquí hay unos señores que preguntan por tí. Arturo se volvió sorprendido, y su madre corrió á abrazarle.

¡Cuán mudado se hallaba el pobre niño! su carita, antes llena y rosada, estaba pálida y enflaquecida: á la orgullosa espresion de sus ojos y de su sonrisa, habia reemplazado otra de triste resignacion, y sus manos, tan suaves y finas antes, estaban ahora ásperas y embastecidas.

—¡Ah, papás míos! exclamó Arturo llorando, ¿venis á llevarme con vosotros? por que yo seré bueno y dócil, y no me quejaré ya de nuestra pobreza.

—Confiamos en tu enmienda, hijo mio, y te llevamos al lado de tu hermana que desea mucho abrazarte, respondió su mamá.

En tanto el Sr. Bermudez puso un bolsillo de oro en las manos de Cristobal.

—Pero señor!.. exclamó este admirado.

—Soy rico, repuso el Sr. Bermudez, y jamás podré pagar á V., como debo, el servicio que me ha hecho.

Algunos instantes despues, Arturo se hallaba al lado de su hermana que le abrazaba en una elegante habitacion de la calle de Alcalá.

—Tengo muchos deseos de llegar á casa, dijo Arturo, para ayudaros en todo.

—Pues ya estás en ella.

—¡Cómo!

—Sí, hijo mio, repuso el Sr. Bermudez: la fortuna nos sonríe otra vez: me han concedido un buen destino, y además poseemos fincas y riquezas, porque Dios ha premiado la virtud de tu hermana: pero, en medio de la prosperidad, ruega á Dios por los pobres que viven sujetos á un trabajo penoso y asídúo; y si algun dia vuelve á llamar la desgracia á las puertas de nuestra casa, recibela con resignacion, y dí, alzando los ojos y el corazon á Dios:

—¡Tuyos son ¡oh, señor! todos los bienes de la tierra! ¡tú eres el padre de los mortales! ¡benedita sea tu santa voluntad!

FIN DE EL CARPINTERO.

—Tú eres el que me has enseñado a leer y a escribir, y a trabajar, y a ser hombre; y ahora me has dejado en el mundo solo, y sin que yo sepa lo que me he de hacer. —
 —¡Cómo! ¿cómo te has dejado solo? ¿cómo te has dejado solo? ¿cómo te has dejado solo? —
 —Sí, hijo mío, repuso el Sr. Bernabé; la fortuna nos contró otra vez: me han concedido un buen destino, y además pasamos fincas y riquezas; porque Dios ha premiado la virtud de tu hermana; pero, en medio de la prosperidad, tú caes a Dios por los peores que viven sujetos a un trabajo penoso y asiduo; y si algún día vuelve a llamar la desgracia a las puertas de nuestra casa, recibida con resignación, y al abando los ojos y el corazón a Dios; —
 —¡Tú eres el que me has enseñado a leer y a escribir, y a trabajar, y a ser hombre; y ahora me has dejado en el mundo solo, y sin que yo sepa lo que me he de hacer. —
 —¡Cómo! ¿cómo te has dejado solo? ¿cómo te has dejado solo? ¿cómo te has dejado solo? —
 —Sí, hijo mío, repuso el Sr. Bernabé; la fortuna nos contró otra vez: me han concedido un buen destino, y además pasamos fincas y riquezas; porque Dios ha premiado la virtud de tu hermana; pero, en medio de la prosperidad, tú caes a Dios por los peores que viven sujetos a un trabajo penoso y asiduo; y si algún día vuelve a llamar la desgracia a las puertas de nuestra casa, recibida con resignación, y al abando los ojos y el corazón a Dios; —

FIN DE EL GABRIERO.

LOS PREMIOS.

Aproximábanse los días de Pascua de Navidad tan deseados por los niños, y los del marqués del Prado estaban muy preocupados, hablando sin cesar de aquellas fiestas, tan esperadas y tan temidas al mismo tiempo por ellos.

—¿Por qué eran temidos por los hijos del marqués aquellos hermosos días, en que se comen sin cesar castañas asadas, turrón y dulces? me preguntareis, queridos niños: y yo os lo voy á decir.

Los hijos del marqués eran tres: Luis de

edad de once años: Alberto que contaba nueve, y Francisco que acababa de cumplir ocho; de estos tres niños, el mayor y el más pequeño eran dos prodigios de talento y viveza: mientras Alberto, que era el mediano, sobresalía por su carácter torpe, encogido y casi tosco.

El padre amaba en primer lugar y con estrema preferencia á Luis, el mayor de todos, no solo por su talento y despejo, sino tambien por su belleza que era muy notable.

Despues del primogénito, dedicaba todo su afecto á Francisco que llevaba su nombre, y era un modelo de delicadeza y distincion en sus maneras y en todos sus hábitos.

Mas para el pobre Alberto, quedaba un lugar muy pequeño en el corazon paternal: motejábale sin cesar su torpeza, su voz bronca, y hasta la obesidad, con que la naturaleza quiso dotarle, y que contrastaba con las esbeltas figuras de sus dos hermanos.

Estos, por su parte, le aburrían tambien con sus bromas: se burlaban de todas sus acciones, y jamás hacia el pobre muchacho nada que fuese del agrado de su padre y hermanos.

Tal y tan continuada injusticia volvía de cada día mas uraño y grosero el carácter de Alberto: á los nueve años, no hay en el alma fortaleza bastante para soportar y excusar la injusticia: y si Alberto callaba ante las continuas reprensiones de su padre, no hacia lo mismo al oír las burlas de sus hermanos, que recibieron mas de un mogicon de sus robustos puños, al saludarle con risas malignas.

Dos defensores tenia, sin embargo, el pobre Alberto, y no poco poderosos ciertamente: era el uno su mamá, que le queria al igual de sus demás hijos, aunque no podia negar que los otros estuvieran dotados de prendas mucho mas brillantes: y el otro el preceptor de los niños, sábio y honrado anciano, que se llamaba don Justo, y que consolaba á Alberto de todos sus sinsabores.

Oigamos una conversacion del preceptor y de la marquesa, en la habitacion de esta última, y ella nos orientará del motivo por qué deseaban y temian á un mismo tiempo los niños las fiestas de Navidad.

Era una noche de las primeras del helado di-

ciembre, y el marqués no habia vuelto aún de una cacería, á la cual habia convidado á algunos amigos: los tres niños estudiaban sus lecciones, pues acababan de dar las siete, y hasta una hora despues no podian abandonar la sala de estudio.

Ningun ruido turbaba la apacible tranquilidad del hermoso castillo de los marqueses del Prado, situado cerca de la pequeña aldea de san Silvestre, porque la crecida servidumbre tenia orden de guardar el mas absoluto silencio, durante las horas de estudio de los niños.

—Con que segun Vd. me asegura, don Justo, dijo la marquesa, ya ha elegido mi esposo las tres pruebas á que se han de sujetar los niños para ganar los premios?

—Sí, señora, respondió el preceptor.

—Pues á mí todavia no me ha dicho nada.

—A la vuelta de la caza lo notificará á los niños en presencia de Vd.

—Y puede Vd. adelantarme la noticia?

—Sí, señora.

—Veámos cuáles son esas tres formidables pruebas.

—¿Me promete Vd. no decir nada á los niños?

—Sí, señor; mi discrecion tiene poco mérito, porque solo ha de durar algunas horas.

—Pues bien: sepa Vd. que las tres pruebas son: 1.^a una accion meritoria y caritativa, segun la inspiracion de los niños: 2.^a un egercicio de dibujo; y 3.^a un rasgo de verdadera grandeza de alma.

—Eso último me parece lo más difícil.

—Y á mí tambien, señora.

—Qué ocasion han de tener aqui los niños de egercer un rasgo de magnanimidad?

—Repito que me parece difícil: mas, no obstante, es preciso que las tres cosas tengan efecto para alcanzar los premios ofrecidos, que son hermosos, segun me ha asegurado el marqués.

—¿Qué! no los ha visto Vd., don Justo?

—No, señora.

—Están en mi habitacion, porque yo debo ser quien los adjudique: se han colocado pomposamente en mi gabinete particular, y allí tendrá lugar la ceremonia el primer dia de Pascua.

—Mucho agradeceria á Vd., señora, que me dijese en qué objetos consisten.

—Con mucho gusto: el primero, ó el designado para premiar la accion caritativa, es un reloj de oro con cerco de brillantes, pequeño y tan admirablemente trabajado en Ginebra, que causa admiracion: este relojito tiene en la tapa, y formadas tambien con brillantes, las armas de nuestra casa.

—Me parece muy bien el primer regalo: pasemos al segundo.

—El segundo, ó el destinado al trabajo de dibujo, es una caja de nácar con incrustaciones de oro, llena de lápices, y una cartera de piel de Rusia, con llave y cerradura de plata, que contiene una coleccion de modelos admirables.

—La eleccion hace honor al talento del señor marqués.

—El tercer premio, ó el destinado á recompensar un gran rasgo de abnegacion ó generosidad, consiste en un ejemplar de las obras del gran Fenelon, encuadradas en terciopelo carmesí, con cortes de oro: todo está colocado en el centro de mi gabinete, sobre una mesa cubierta con un tapete de seda, y, como ya he

dicho á Vd. , allí tendrá lugar la solemne adjudicacion.

Aquí llegaban de su conversacion la marquesa y don Justo , cuando se oyó el galope de algunos caballos , que se detuvieron en la puerta del castillo , y poco despues entraron en el salon el marqués y varios caballeros que le habian acompañado á cazar.

Estos saludaron á la marquesa , y así que dieron las ocho , el marqués llamó á un criado con la campanilla , y le ordenó avisase á sus hijos que les esperaba.

Poco tardaron en presentarse los tres niños , cuyo aspecto era muy diferente entre sí.

Luis , el mayor , era de alta estatura , de tez trigueña , hermosos cabellos rizados , y rasgados ojos negros , llenos de fuego y altivez : en su porte todo , se advertia el orgullo del heredero de una grande y opulenta casa , y en sus maneras habia cierta arrogancia templada por la mas esquisita urbanidad.

Alberto entró despues de su hermano , y en verdad que ofrecia un penoso contraste: el pobre niño era bastante feo , y lo parecia mas , á

causa de sus ojos vizeos, de su cutis señalado por las viruelas, de su boca grande y de su cara moffetuda: ademas, torcia mucho los piés al andar, lo cual hacia su paso tan torpe y dificultoso, que provocaba á risa.

Francisco, el mas pequeño, era un querubín, rubio y rosado, de ojos azules como el cielo, de largos y elásticos bucles dorados, que caian sobre sus espaldas y hombros, y cuya voz era dulce como el canto de un pájaro.

Este y su hermano mayor entraron con gran desembarazo, en tanto que Alberto se quedaba detrás, tímido y cortado.

Los amigos de sus padres hicieron mil caricias á Luis y á Francisco, ponderando su belleza, su distincion y su gracia: pero nadie miró siquiera al pobre Alberto. Solo su madre le llamó, le tomó la mano, y le retuvo á su lado.

—Hijos míos, dijo el marqués dirigiéndose á los niños: os he llamado para haceros saber, que dentro de veinte dias, á contar desde mañana, tendrá lugar un certámen, en el que se adjudicarán tres premios, por mano de vuestra buena mamá: estos tres premios serán concedidos:

1.° A aquel de vosotros que ejecute la accion mas caritativa: 2.° Al que presente el paisaje mas perfecto y acabado hecho al lápiz: 3.° Al que ejecute una accion verdaderamente grande y magnánima: don Justo tomará acta de todo cuanto hagais para conseguir los premios: y el dia del certámen se leerán en presencia del auditorio que será convidado, para que tome parte en mi alegría y en la de vuestra madre, pues nada hay mas grato para nosotros que el deber de recompensar vuestras virtudes. Ahora que ya estais enterados de la solemnidad que preparo para el dia primero de Pascua, retiraos para reflexionar lo que debeis hacer: y tened presente que, de los tres premios, hay dos destinados á buenas acciones, porque prefiero la bondad en las prendas del alma, á la perfeccion en las habilidades mecánicas.

Los tres niños se retiraron á sus respectivos cuartos, llenos de temores y esperanzas Luis y Francisco, y Alberto sumido, al parecer, en su habitual insensibilidad.

Al dia siguiente, muy de mañana, Luis y Francisco se dirigieron al cuarto de D. Justo,

rogándole que les diese sus consejos acerca de lo que primero deberían hacer.

—Queridos míos, respondió el buen preceptor, creo que lo más esencial es que empiecen ustedes cada uno su paisaje, en el cual trabajarán todas las mañanas, y por las tardes saldremos á visitar las cabañas de los necesitados, para hallar ocasión de ejercer la caridad.

Los dos niños convinieron en que esto era lo prudente, y se pusieron á pensar en el asunto que deberían elegir para sus dibujos.

—No es preciso que sean originales, dijo don Justo: tengo orden de su papá para advertirles que se contenta con dos buenas copias, pues la tierna edad de Vds. no permite mayor exigencia: ya ven Vds., pues, amiguitos, que todo consiste en la elección.

—De ese modo, dijo Luis, yo voy á copiar aquel castillo feudal, al cual llega un caballero andante, que está á la derecha entrando en la galería de pinturas de papá, y que, según me ha dicho, es obra del pintor Vanlío.

—Gran osadía es esa, mi querido Luis, repuso sonriendo el preceptor: quiere Vd. copiar nada

menos que al gran pintor de cámara de Luis XV de Francia: pero sea; no culparé yo jamás la hermosa ambicion del talento: el asunto es digno, inmejorable: ánimo, pues, y á trabajar.

—Yo, dijo á su vez Francisco, copiaré el valle y los pastores de Wateau.

—Pero, hijo mio, ¿no es posible que Vd. se atreva á copiar figuras! exclamó asustado el anciano. ¡Y figuras de Wateau! ¿Sabe Vd. que los mas grandes artistas no püeden copiar sus ideales pastores, ni el admirable follaje de sus árboles?

—¿Qué importa? Yo lo intentaré, respondió Francisco con arrogancia.

—Sea en buen hora: el marqués atenderá á la corta edad de Vd., y es tan bueno, que no será exigente; pero, añadió el preceptor, ¿dónde se halla Alberto?

—No le hemos visto todavía, digeron los dos niños á la vez.

—Con él no hay que contar, añadió Luis: ni habrá pensado en lo que anoche dijo papá, ni quizá lo habrá entendido.

—Son Vds. injustos con su hermano, observó con alguna severidad el preceptor, y yo deseo en

el alma que se lleve alguno de los premios, lo que quizá sucederá, pues Dios es demasiado bueno para no alentar á esa infeliz criatura.

—¿Sabe Vd. cómo son los premios? preguntó Francisco.

—Sí, por cierto.

—¡Ah, D. Justo, querido D. Justo! exclamaron los dos niños llenos de ansiedad: ¡díganoslo Vd. por Dios!

—No puede ser, contestó gravemente el preceptor.

—¿Por qué?

—Porque no tengo permiso de su papá de Vds.

—Pero nosotros no diremos nada.

—No importa: nada sabrán Vds. por mí: con que, ea, á trabajar con buen ánimo, á ver si salen dos copias regulares siquiera de Vanlloo y Wateau.

Y D. Justo, para sustraerse á los ruegos de los niños, tomó su baston y su sombrero, y se fué á dar su acostumbrado paseo de todas las mañanas.

Luis y Francisco hicieron llevar sus caballetes á la galería de pinturas: los colocaron al fren-

te de los paisajes que habian elegido y se pusieron á trabajar con ardor.

Entre tanto, D. Justo bajó por un sendero que iba á morir cerca del castillo, y que llevaba por la izquierda á un vallecito plantado de álamos.

En el centro de aquel valle se levantaba una ermita, pequeña, pero blanca y graciosa, como una paloma entre un nido de verdura.

Aquella ermita estaba rodeada de algunos campos, que, entre el verdor de sus orillas, mostraban una capa de nieve, que picoteaban los pobres pajarillos hambrientos, á causa de los rigores del invierno, que habia cubierto con su doble manto de nieve y hielo las semillas olvidadas por el laborioso labrador.

El sol se levantaba tras una pequeña colina, á cuyo pié se elevaba la ermita, é iba á quebrar sus rayos en la nieve, que derretia poco á poco, fingiendo á las aves un dia de primavera.

D. Justo se detuvo ante aquel bello paisaje; casi al mismo tiempo la campana de la ermita dió las nueve, hora en que se cerraba hasta la tarde, y en que el capellan, amigo de D. Justo,

salía, despues de decir misa, á dar su paseito cotidiano.

Los dos amigos se saludaron cordialmente, y continuaron subiendo por el sendero, á cuyo fin levantaba el castillo su orgullosa fachada.

De repente el capellan se detuvo sorprendido y D. Justo le imitó: al pié de un árbol muy grande, desnudo de sus ramas, por los rigores de la estacion, se hallaba sentado Alberto en la postura mas estrañamente original.

Tenia sobre sus rodillas una gran tabla cuadrada, en la que habia estendido un pliego de papel marquilla, y dibujaba lentamente, pero con tan sostenida atencion, que no advirtió la presencia de su preceptor y del capellan.

—¿Qué hace Vd. aquí, hijomio? preguntó don Justo apoyando su mano en el hombro de Alberto.

—Estoy dibujando, respondió este lacónicamente.

—¿Es acaso para presentar un hermoso paisaje á su papá de Vd.?

—No me atreveria á eso: soy tan torpe que nada podré hacer digno de enseñarse.

—No lo creo yo así, repuso el preceptor que compadecia de veras á aquel pobre niño, á quien nunca se le dirigia una palabra que le animase y fortaleciese: veamos, añadió, veamos, querido Alberto, su dibujo de Vd.

Pasó D. Justo por detras del jóven dibujante, y asomó la cabeza por encima de su hombro: mas apenas habia dirigido una mirada al papel, se escapó de sus lábios una exclamacion de sorpresa y admiracion.

—¡Esto es maravilloso! dijo con acento conmovido. ¡Qué exactitud! ¡Qué belleza en los contornos! ¡Oh! ¡Venga Vd., venga Vd., señor cura!

El capellan se acercó en efecto, y fijó los ojos en el dibujo, haciendo tambien espresivos ademanes de aprobacion.

—Lo que mas me admira en este trabajo es que apenas está principiado y ya se admiran en él los mas delicados detalles: ¡este niño será un gran artista!

—¡Ea, mi querido Alberto, prosiga Vd. su obra con constancia, pues yo le aseguro que será una cosa admirable! dijo á su vez D. Justo:

el señor cura y yo vamos á seguir nuestro paseo para no distraerle.

El niño continuó dibujando y los dos ancianos se alejaron lentamente.

—Mi corazon rebosa de gozo, exclamó el preceptor cuando ya no pudo oírle su discípulo: todos en el castillo, menos la marquesa, son injustos con ese pobre niño; pero yo reconocia en él admirables dotes para el trabajo: es cierto que sus hermanos poseen mas brillantez de imaginacion, y mayor destreza para toda clase de estudios; pero ninguno de los dos tiene la perseverancia y el aplomo de Alberto: ¡oh, amigo mio, este es un dia dichoso para mí!

Poco despues el capellan dejó á D. Justo en la puerta del castillo, y se volvió á la aldea, donde habitaba una modesta, pero limpia casita.

El primer cuidado del preceptor, así que entró en el castillo, fué ir á la galería de pinturas para inspeccionar los dibujos de Luis y de Francisco, que trabajaban con cansancio desde hacia ya algun rato.

—Es preciso que dejen Vds. los lápices, dijo don Justo: hay en ambos dibujos tirantez, falta de

espontaneidad; en las bellas artes solo se puede trabajar con gusto, y es inútil violentar la imaginacion: dediquémonos á otros trabajos, y á la tarde saldremos á paseo, pues para las copias tienen Vds. sobrado tiempo.

Los dos niños se dedicaron á sus lecciones de latin, geografia y geometría, en las cuales fué pronto Alberto á tomar su parte acostumbrada.

Sus hermanos ni siquiera le preguntaron si tenia empezado algun dibujo, pues no pensaban siquiera que intentase entrar en competencia con ellos.

Hácia la hora de comer se fué encapotando el cielo, tan sereno por la mañana: poco á poco las nubes se convirtieron en un color blanco que invadió todo el cielo, y que prometia una abundante nevada.

En efecto, antes de levantarse de la mesa, empezó á nevar con furia, y los niños hubieron de renunciar á su paseo.

Su padre les preguntó que si ya habian elegido sus asuntos para los dibujos, y Luis y Francisco contestaron con arrogancia que ya se ocupaban de ellos.

—¿Y qué habeis escogido? tornó á preguntar el marqués.

—Yo, dijo Luis, el efecto de luna en la selva de Vanlío.

—¡Cómo! ¿aquel paisaje del castillo feudal, á cuya puerta llega un caballero á pedir hospitalidad?

—El mismo.

—Ciertamente, hijo mio, que has estado poco modesto, dijo el marqués sonriéndose: pero no importa; á los audaces ayuda la fortuna: ¿y tú, Francisco, en que te ocupas?

—En copiar el valle y los dos pastores de Wateau.

—Ambas elecciones están en armonia con vuestro carácter y hasta con vuestro físico. Luis el valeroso, el arrogante, se inclina á un paisaje de noche y elige un castillo feudal y un caballero andante. Francisco el dulce, el apacible, escoge un paisaje de Wateau: veamos el gusto de Alberto.

—Yo, papá, copio el molino de la aldea, las vacas negras de nuestros pastores, y la colina donde pacen.

Una carcajada de los dos niños, y un gesto de enfado de su padre siguieron á las palabras de Alberto: la marquesa, afligida, se retiró á su cuarto y solo D. Justo sentia agitarse de alegría su corazon, presintiendo un triunfo muy cercano para su querido Alberto.

El paseo no pudo tener lugar á causa de la nieve, y la tarde se pasó, parte en estudiar, parte en leer, y otra parte en jugar á las damas.

El temporal siguió cuatro ó cinco dias: por cuya razon, quedaron del todo interrumpidos los paseos y las visitas á las cabañas de los menesterosos.

Puede comprenderse la impaciencia de los niños, que, mientras tanto, trabajaban todo lo posible en sus dibujos, pues se aproximaba rápidamente el gran dia.

Mas ¡ay! que parecia que una nube fatal velaba la inspiracion de Luis y Francisco: por mas de diez veces habian desgarrado uno y otro sus dibujos, y cada vez las copias salian mas frias, mas amaneradas, mas defectuosas!

Nada era, sin embargo, mas natural que aquel éxito desgraciado. Los dos artistas, estra-

viados por una estrema presuncion , que les era natural y que se aumentaba cada dia con el loco amor y las alabanzas de su padre, habian acometido una empresa muy superior á sus fuerzas y al estado de su instruccion.

Borrando, rehaciendo, rompiendo y derramando algunas lágrimas de ira, se pasaron hasta quince dias de los veinte prefijados por el marqués para la adjudicacion de los premios.

—¿En qué llevas tú el dibujo? preguntó una tarde Luis á Alberto.

—Lo he concluido, respondió este con naturalidad.

—¿Nos lo quieres enseñar? dijo Francisco.

—Con mucho gusto, respondió Alberto; y salió, volviendo despues con su paisaje en la mano.

Era una cosa admirable, fresca, deliciosa: apenas se concebía como, con el lápiz, había podido la mano de un niño de nueve años dar tal diafanidad al cielo, tal vigor á los árboles, tal claridad al agua, tanta suavidad al musgo: el paisaje, que era muy grande, representaba el hermoso valle, pátria y cuna de los niños, con su

castillo señorial al frente, su ermita á la izquierda, su florida colina, á cuya falda pacian las negras vacas de los arrendatarios: todo era bello, sencillo, verdadero; y el génio del niño lo habia embellecido mas todavia, dando ramage á los árboles desnudos por la nieve, rodeando de musgo la piedra de la fuente, y retratando dos ó tres pajarillos que se bañaban las pardas plumas en las espumas de plata del agua murmuradora.

—¡Señor! Dios mio! qué cosa es esta! gritó don Justo, cuyo corazon latia en su pecho lleno de un gozo supremo: ¡hijo mio, Alberto! ademas de copiar del natural, cosa bien dificil, hay mucho de original en este soberbio cuadro! ¡qué pájaros! qué sombra la de estos álamos! y la ermita, con su torre, y su gallo de bronce en la veleta! y esos rayos argentados de luz, que reflejan en el agua! su cuadro de Vd., hijo mio, basta para dar nombre á un pintor!

—¿Y los vuestros? en qué van vuestras copias? preguntó el artista á sus hermanos.

Ambos respondieron con lágrimas.

—Voy á proponeros una cosa, dijo Alberto: yo

haré esas dos copias, por vosotros: no muy bien quizá: pero sí lo mejor que pueda.

—Quedan solo cinco días, repuso don Justo; mas valdria que eligiesen otro asunto sencillo, tal como copiar un ramo de flores y retratar á Sultan el gran perro de casa: Vd., hijo mio, no puede trabajar tanto.

—Tampoco es justo, querido señor, que mis hermanos sufran la vergüenza de decir á papá que no han sabido copiar lo que se propusieron, dijo Alberto con entereza: entre hermanos, todo debe ser común: y pues yo tengo mas paciencia y mas cachaza que ellos, justo es que para ellos las emplee.

Y Alberto tomó papel nuevo, y empezó en seguida la copia de la selva de Vanlío.

Dos dias despues terminó su trabajo, admirable, de una belleza que arrobaba los ojos, pues aquella copia de lo inmóvil le fué mucho mas fácil que su propio cuadro.

Sin descansar un instante, emprendió el paisaje de Wateau: y el que habia dado tan feliz cima á los dos difícilísimos trabajos anteriores, claro está que habia de salir airoso de

la última prueba, que era la menos arriesgada para aquel pulso firme, para aquella delicada percepción de artista.

Cuando Alberto dejó el lápiz, su fealdad se habia aumentado: la fatiga, el insomnio—pues su afán de sacar á sus hermanos del grave apuro en que se hallaban no le habia dejado dormir habian rodeado sus ojos de un círculo violado: tenia fiebre, y parecia agoviado con el supremo esfuerzo, que habia impuesto á su voluntad.

El ángel de su guarda le habia sostenido en su penosa tarea; pero su cuerpo se rendía, pues habia salido en los últimos cinco días por doce ó trece horas de incesante trabajo.

—Vamos, vamos, hijo mio, es preciso que usted salga á respirar el aire libre, dijo don Justo: su cabeza está abrasada, y á pesar de la gran nevada que cubre el valle, un paseo le hará mucho bien; además, mañana es la repartición de los premios, y, bien á mi pesar, aun no he podido consignar en la memoria que estoy redactando ninguna acción generosa y caritativa.

Los tres niños salieron con su maestro después de abrigarse con cuidado.

Luis y Francisco iban cabizbajos y tristes: al menos Alberto tenia la satisfaccion interior de haber hecho tres magnificos cuadros; pero ellos no habian hecho ninguno, ni habian socorrido desgracia alguna, ni menos hallaban medio de ejecutar la heroicidad que su padre les exigia para adjudicarles el tercer premio.

Asi anduvieron cerca de media legua alejándose bastante del castillo: la tarde estaba muy nublada, y una gran cantidad de nieve, helada ya, cubria el suelo.

Era el dia de Natividad, y la naturaleza desataba sus rigores, lo mismo que aquella noche en que nació el niño Dios en un pesebre.

Los hijos del marqués, sumidos en la tristeza, ni aun pensaban en la suculenta y alegre colacion de aquella noche, ni en los rabeles y zampoñas que debian tocar delante de un hermoso nacimiento, regalo de su mamá en el año anterior, y que debia resplandecer brillantemente iluminado.

De repente, don Justo que iba delante, se detuvo, é hizo seña á sus discípulos de que se acercasen: mas ¡cual seria su asombro al hallarse

con una mujer y un niño, casi enterrados en la nieve!

Luis y Francisco se miraron y se comprendieron: ya habia parecido la ocasion de la accion generosa.

Los dos echaron á correr á la aldea vecina para pedir socorro: pero Alberto se arrodilló junto al niño, empezó á despojarle de la nieve que le envolvía, quitóse su capotillo guarnecido de pieles, y tomando en sus manos al inocente —que podria tener cuatro años—le abrigó con él y dijo á don Justo:

—Este pobre niño se morirá de frio si se queda aquí por mas tiempo, y voy á llevarle al castillo.

—¡Pero, querido Alberto, Vd. se ha quedado desabrigado del todo, y va á coger alguna pulmonía!

—No lo querrá Dios, repuso el heróico niño, andando ya hácia el castillo.

—Yo llevaré al chiquitin; soy mas fuerte que Vd.

—Vd. es anciano y está achacoso: solo le ruego que se me adelante, y diga á mi mamá

que prepare una cama bien caliente y haga llamar al médico, para que vea á este pobre niño.

Don Justo obedeció, y una hora despues de haber llegado él, y cuando ya volvía en busca de Alberto, vió llegar á éste casi exánime de frio y de fatiga: depositó al niño en los brazos de su madre, y cayó al suelo privado de sentido.

Poco despues llegaron Luis y Francisco, acompañados del capellan, y anunciando muy ufanos que la pobre mujer, madre del niño, quedaba acostada en casa de un aldeano.

Al dia siguiente, y á las once de la mañana, el salon de los marqueses del Prado se hallaba lleno de una concurrencia, tan lucida como numerosa, pues todos los señores de las cercanías habian sido convidados para la gran solemnpidad.

La marquesa, vestida elegantemente estaba sentada delante de la mesa en que se hallaban los tres premios: á su lado se veía á D. Justo que tenia en la mano la relacion exacta de lo ocurrido, aunque atribuyendo las dos copias de la galería de pinturas á Luis y á Francisco, segun el deseo de su hermano.

A la derecha de la marquesa, estaba su es-

poso, y junto á este, acostado en una linda cuna de caoba, con cortinas de gasa blanca, se veía al niño salvado por Alberto en la tarde del día anterior.

Finalmente, á la izquierda de la marquesa, se hallaban en pié, y vestidos con preciosos trajes nuevos, Luis y Francisco, y al lado del primero, Alberto recostado en un ancho sillón, pálido, abatido, y envuelto en una bata de terciopelo.

Detrás del sillón del niño, se apoyaban el médico del castillo y el capellán.

Dióse principio al acto, leyendo don Justo su relación, con voz grave y reposada, y seguidamente el marqués se levantó y dijo con acento firme:

—Premio destinado á una acción generosa, que se adjudica á Alberto María Augusto de Prado y Silva, por haber salvado con peligro de su vida—pues se hallaba ya gravemente enfermo según dictámen del facultativo—á un niño de cuatro años, que perecía entre la nieve del valle.

La marquesa se levantó, y fué á suspender del cuello de su hijo enfermo la rica cadena que

sostenia el reloj guarnecido de diamantes: todos vieron correr gruesas lágrimas por sus mejillas, arrancadas ya por la alegría de premiar á su hijo, ya por el dolor de verle enfermo.

Una salva de aplausos llenó el salon, y los ojos de Alberto lanzaron un rayo de alegría.

Enseguida el marqués desdobló los tres dibujos, y los examinó con el ojo certero de un gran artista, pasándolos despues á la concurrencia, que los examinó á su vez.

La voz del marqués se dejó oír de nuevo grave y sonora, diciendo:

—Premio destinado al mejor paisaje al lápiz, que se adjudica á Luis María Fernando de Prado y Silva, por su bello trabajo, copia de un cuadro de Vanlloo.

Luis, con aquella viveza irreflexiva que le era natural, se arrojó en los brazos de Alberto, llorando á lágrima viva.

La marquesa le llamó y le entregó la preciosa caja de lápices y la rica cartera llena de modelos.

El marqués se volvió á una mesa que tenia detrás, tomó de ella un soberbio album con

tapas de concha y oro, lleno de magníficas acuarelas, y lo puso delante de la marquesa.

Luego continuó:

—Premio, aumentado por mi, para recomendar el admirable paisaje copiado del natural por Alberto María Augusto de Prado y Silva.

La marquesa puso en manos de su hijo aquel segundo premio.

El marqués se volvió de nuevo á la mesa que tenia á su espalda, y tomó de ella una estatua de Apolo, de pórfido, y de tamaño pequeño, que colocó tambien delante de la marquesa.

Al ver la estatua, el corazon de Alberto latió con violencia: lo que mas amaba en el palacio de su padre era aquella figura, obra maestra del arte, y cuyo mérito adivinaba el sorprendente genio del niño.

El marqués continuó:

—Premio, aumentado por mi, para recompensar la linda y acabada copia del valle y pastores de Wateau, ejecutada por Francisco María Alfredo de Prado y Silva.

La marquesa puso la estatua en las manos de su hijo menor.

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de todos al ver á éste y á su hermano primogénito, arrojarse poniendo sus premios á los piés del doliente Alberto!

—¡Hermano mio, mi querido hermano! exclamó Luis derramando lágrimas: ¡no quiera Dios que yo cometa nunca bajezas indignas de nuestro padre, de nuestro nombre y del ejemplo que tu me has dado! tuyo es mi premio, pues tuyo es tambien el dibujo premiado, y que yo consentí en apropiarme teniendo la vergüenza de verme desairado: ahora conozco que es mejor pagar la pena de mi presunción que rebajarme con una indignidad á tus ojos!

—Yo digo lo mismo, hermano mio: añadió Francisco: papá y don Justo nos han dicho muchas veces que Dios todo lo sabe, y que descubre á los embusteros y á los culpables: tuyo es mi premio, y ojalá la alegría de poseer el Apolo, que tanto deseabas, te devuelva la salud.

El marqués levantó á sus hijos, y los estrechó repetidas veces contra su pecho. Luego sacó otros dos ejemplares de las obras de Fenelon, impresos y encuadernados de idéntico mo-

do que el que se veía sobre la mesa, y dijo:

—Premio concedido á una accion grandiosa que adjudico á Luis, Alberto y Francisco: al segundo, por su heróico desprendimiento en trabajar hasta ponerse enfermo, á fin de que sus hermanos consiguiesen una honrosa recompensa; al primero y al tercero, por su valor y honradez en confesar una falta, que podia quedar oculta, al ménos por mucho tiempo.

La marquesa entregó á cada uno de sus hijos un ejemplar de las obras de Fenelon, y Luis y Francisco se quedaron con sus premios, como regalo de su generoso hermano.

—Señores, dijo el marqués: hoy pasaremos el dia juntos, porque mañana marchó á Roma con mi esposa, mis hijos, D. Justo, el doctor y el capellan: el aire tibio de Italia restablecerá la quebrantada salud de mi Alberto, y hará desplegar á su génio las blancas alas. Dios me dice que será un gran pintor.

La esperanza del buen padre se ha cumplido: Alberto es hoy uno de los mas célebres pintores del mundo cristiano.

FIN DE LOS PREMIOS.

LA PRESUMIDA.

La señora de Mendoza, viuda ya desde hacía siete años, tenía una graciosa niña que contaba doce.

Virginia, que este era su nombre, era buena, aplicada, veraz: trabajaba con placer en todo cuanto se le enseñaba, cuidaba con esmero de su ropa y de sus alhajas; y por esta causa, su mamá tenía gusto en vestirla con lujo y elegancia.

Sin embargo de todas sus bellas cualidades, aquella jovencita era insoportable: en ninguna

casa la acogian con gusto : todos evitaban , tanto como lo permitia la buena educacion , el convidarla á tomar parte en las diversiones de los niños , y cuando la invitaban , era solo por compromiso ó por atenciones á su mamá , que era una señora de amabilisimo trato y distinguido talento.

La causa de este desvío , de esta antipatia hácia Virginia , era su escesiva vanidad y su estrema presuncion: cuando se hablaba de belleza , conocíase en su semblante y en el movimiento de sus ojos que se creia la niña mas hermosa del mundo: si se hablaba de elegancia , echaba una mirada complacida sobre su trage , entendiendo pomposamente sus pliegues: si versaba la conversacion sobre instruccion y habilidades , ella hallaba medio de encomiar las muchas horas de estudio que tenia cada dia , los bordados que habia concluido , y hasta la última pieza de música que habia compuesto.

Todo esto era , ademas de inconveniente , dicho en un tono de superioridad que ofendia á todos los presentes , y en particular á las niñas de su edad : pero este era cabalmente el objeto

de Virginia: gozaba rebajando á todos los que habia en derredor suyo, y se decia muy satisfecha:

—¡Qué humillados les han dejado mis palabras! ¡De seguro que desde hoy me miran como á un ser superior!

Pero ¡cuánto se equivocaba la pobre niña! Apenas se retiraba, se burlaban de ella, la satirizaban sin compasion, y la sometian á la crítica mas mordaz: porque habeis de saber, queridos niños, que todas las personas del mundo tienen su dignidad y su amor propio, y que nadie gusta de verse rebajado, aunque sea por un ser muy superior.

Cuando una persona de verdadero mérito quiere darse aire de superioridad, se olvida aquel y se le buscan sus defectos, para vengarse de lo que se juzga un insulto: ¿qué será, pues, cuando la vanidad reside en una niña, cuya educacion apenas ha empezado, y que no conoce nada del mundo, ni de las personas?

Por esto, cuando Virginia entraba en una casa, todos los presentes se miraban haciendo un gesto de disgusto.

—Ya está aquí la fastidiosa, decía una señora al oído de la que tenía al lado.

—Hasta el verla me incomoda, murmuraba otra.

—¡Qué aire tan petulante!

—¡Qué miradas!

—¡Parece que todos somos nada para ella!

—¡Si yo fuera su madre, ya le quitaría esos humos!

Las niñas y niños no criticaban ménos á la presumida.

—¡Miremos lo que hemos de hablar, porque está ahí la doctora! decía á sus compañeras una niña de su edad.

—¡Qué ruido viene haciendo con su vestido de seda!

—¡Qué derecha y erguida va!

—¡Cualquiera diría que se almorzó un asador!

Sin embargo, tal vez el ruido del traje de Virginia era casual: quizá la extrema gallardía de su persona, alta y esbelta, era llamada *tiesura* por sus enemigas las niñas, que estaban aburridas de su vanidad y tontería.

Su mamá la reprendía muchas veces, porque

veía con dolor que ella tenía la culpa de aquella aversion general, que cada día se hacia mayor, pues habia corrido ya la voz de los defectos de Virginia, y hablaban de ellos hasta los que no la conocian.

Un día de su santo, su mamá convidó á comer, no á las amigas de Virginia, porque esta no las tenia, sino á las niñas de las familias á quienes trataban.

—Vas á ver como casi todas se escusan, dijo á Virginia su mamá: ha corrido la voz de tu altivez, de tu mal carácter, y ninguna querrá venir á hacerte compañía en el día de tu santo.

—¡Qué disparate, mamá! respondió Virginia con su aire de suficiencia: no lo creas: ya verás como todas se apresuran á venir para disfrutar de nuestro convite.

—Allá veremos, pero no lo espero: nadie quiere que se le rebaje, y pensarán que el venir á pasar un día contigo ha de ser para oír la eterna letanía de los elogios que incesantemente prodigas á todo lo tuyo, y hasta á tí misma: tienes muy pocas simpatías, Virginia, y tuya es la culpa.

—¡Mia! ¡En verdad, mamá, que no te comprendo! ¿No me has dicho muchas veces que es una virtud estar cada uno contento con su suerte?

—Es cierto; pero oye la diferencia que hay entre uno y otro: el estar cada uno contento con lo que Dios le da, es modestia, conformidad; el estimar sobradamente nuestra posicion, nuestros trajes, nuestras joyas, es vanidad, es presuncion; y aun esto es mas disimulable cuando nuestra satisfaccion se encierra en los límites de un prudente silencio, pero no cuando mortificamos á todos haciendo alarde de nuestro exagerado aprecio por todo aquello que nos pertenece. Conténtate con lo tuyo; pero no abrigues á los demás á admirarlo sobre todas las cosas.

—Desde hoy, mamá mia, te prometo ser mas modesta, dijo Virginia, que habia oido con atencion los prudentes y cariñosos consejos de su madre: veo que tienes razon, porque ayer fui á dar los días á Clotilde y me enseñó una multitud de regalitos de sus amigas, recibidos todos en el mismo dia para solemnizar su cumpleaños: Marta le envió un rico acerico bordado por su mano. Sofía un cuello con sus puños correspondientes.

Julieta una sortija de oro. Maria una elegante sombrilla; y Anita un lindo pañuelo guarnecido de encaje.

—Eso es porque ella tiene todas las cualidades de una excelente amiga: es dulce, amable, obsequiosa, indulgente; y á su vez dedica algun rato á trabajar en alguna obrita para obsequiar á las niñas que trata. Tú, mi pobre Virginia, serás hoy cruelmente castigada por tu egoismo; ninguna dulce memoria ha venido á alegrarte en tu dia, y únicamente puedes enseñar el vestido de glasé celeste que yo te he regalado. Solo el corazón de una madre es capaz de perdonar siempre; no olvides esto, hija mia, y tendrás mas consideraciones para los demas.

La señora de Mendoza fué interrumpida por la llegada de su camarera, que traia en la mano un lindo ramo de flores y una carta.

—Esto han traído para la señorita, dijo dando á Virginia ambas cosas.

Los ojos de la niña brillaron de alegría: le parecia que respiraba mejor desde que tenia en su poder aquel dulce y perfumado recuerdo; porque, á pesar de los imprudentes alardes de su in-

diferencia, gustaba de ser querida, como nos sucede á todos.

—¿Quién ha traído esto? preguntó admirada la señora de Mendoza.

—Un mozo de esquina, respondió la camarera.

Virginia frunció el ceño: su vanidad le había hecho esperar que fuese el lindo ramo regalo de alguna niña de opulenta familia, y el portador un lacayo con lujosa librea.

—¿Es posible, hija mia, que así te entregues á las puerilidades de la vanidad? exclamó la señora de Mendoza, quien, como madre y mujer de mundo, leía en el corazón de su hija: vamos, añadió, abre la carta, y sepamos de quién es este lindo presente.

Virginia abrió el billete, que estaba escrito en letra menuda, clara é igual, y leyó lo que sigue:

«Querida amiga: Doy á Vd. los días de su santo, deseándole continúe siempre la felicidad de que disfruta al lado de su buena madre, y le remito, como significacion de mi afectuoso recuerdo, ese pequeño ramo de flores, que he cortado de las macetas que yo misma cuido: quisiera que valiese mucho mas; pero Vd. sabe que no tengo

nada que ofrecerla, pues la pobreza es enemiga hasta de los dulces afectos del corazón: si esas violetas y esas rosas alcanzan la honra de adornar hoy los hermosos cabellos de Vd., se considerará muy dichosa su sincera amiga y S. S. Q. B. S. M.

CARMEN TORDESILLAS. »

—¿Por qué me llama amiga esa muchacha? exclamó Virginia con malísimo humor y arrojando sobre la chimenea el lindo y perfumado ramillete, que era pequeño, pero fresco y gracioso.

—¿Y qué mal hay en ello? dijo su madre mirándola severamente.

—¡Mamá, yo creí que una bordadora de profesión no podía ser amiga mía!

—¿Por qué razón? ¿No es una joven bien educada, hija de un médico?

—¡Pero borda para las tiendas!

—Por atender al cuidado de su madre enferma, viuda y pobre: ¿son acaso ménos frescas y bellas esas flores, porque vienen de la mano de una bordadora, que lo serian si viniesen de la hija de un conde?

—Pero, mamá.....

—Ten por cierto, hija mia, que ese modesto regalo será el único que recibas hoy.

—¿Tal piensas?

—Y así sucederá: ahora bien, siéntate á esa mesa, toma papel y escribe, convidando á Cármen á comer con nosotras.

—¡Oh, mamá! exclamó la jóven cuyo rostro se encendió como una amapola: ¡es posible que pienses en eso! ¿qué dirán las demás niñas á quienes hemos invitado?

—Dirán cuanto quieran, pero Cármen merece esta distincion: es una niña encantadora, que, á la tierna edad de trece años, reúne el juicio mas sólido á la mas delicada dulzura y á la mejor educacion: es decir, que, en lo que depende de ella, es un modelo de perfecciones: porque la pobreza Dios la dá, y nadie se la elige: siéntate, pues, y escribe lo que yo te diga.

Virginia calló y obedeció á su madre: pero sus cejas contraidas y el color encendido de su rostro demostraban, hasta la evidencia, el mal humor que sufría: por fin, escribió, dictándolo su madre, el siguiente billete:

—«Mi querida amiga: acabo de recibir el lindo

ramillete que ha tenido la bondad de enviarme y que estimo en tanto mas, cuanto que sus flores han sido cultivadas por Vd.»

«Para que juzgue del efecto que hacen en mis cabellos sus rosas y sus violetas, le suplico se sirva acompañarnos á comer á mi mamá y á mí: estaremos solas.»

—¡Solas, mamá! exclamó Virginia deteniéndose: ¿pues y los diez y seis billetes de convite, que hemos enviado?

—Estaremos solas, repitió la Sra. de Mendoza: pónlo así.

—Ya está, dijo Virginia estampando en el papel aquella frase tan dura para ella.

—Termina la carta con las fórmulas de costumbre y ciérrala.

—«Mi mamá, continuó escribiendo la niña, saluda á Vds. y yo me ofrezco su amiga

VIRGINIA DE MENDOZA.»

—Aquí te falta añadir á la palabra *amiga* la frase *y segura servidora que besa sus manos*, dijo la señora de Mendoza, devolviendo la carta á su hija.

—¡Pero, Dios mío! ¡he de poner yo eso á una

bordadora! exclamó Virginia casi llorando de impaciencia.

—Ella lo ha puesto en su billete.

—¡Pero ella no es una igual á mí!

—¡Seguramente! te es muy superior en todo: vamos, no puedes dispensarte de añadir esa fórmula de buena educacion.

Virginia tomó suspirando la carta y escribió llorando las seis letras mayúsculas, que formaban aquel cumplido tan amargo para ella.

¡Virginia de Mendoza, la rica, la bella, la encantadora é incomparable Virginia, confesarse servidora y besar las manos de una jóven que bordaba por oficio! ¡oh! ¡habia para morir de pena!

Tal lo pensaba, al ménos, nuestra jovencita, mientras su madre entregaba á un lacayo el billete para Cármen.

—Reserva el vestido azul para la noche, hija mia, dijo á Virginia su madre, y para recibir y comer, ponte el de muselina de lunarcitos: hay que tener consideracion á la pobreza de tu convidada, y á la noche podrás lucir el nuevo en nuestro palco, al cual acudirá no poca gente á cumplimentarte.

—Yo no te comprendo, mamá, dijo Virginia: ¿no dices que hoy no vendrá nadie á pasar el dia con nosotras?

—Nadie mas que Cármen.

—¿Y que esta noche irá gente á nuestro palco para cumplimentarme?

—Ciertamente.

—¿No se han llevado, pues, á sus destinos los billetes de invitacion?

—Todos.

—Entónces.....

—Las que se llaman tus amigas, no querrán sufrirte todo el dia, porque no tienen placer en comer contigo: pero tendrán placer en ver la representacion y la concurrencia del teatro, é irán á él: además, desearán ver el traje que te he regalado hoy, aunque no sea mas que para criticarlo, y la curiosidad las llevará allá.

Virginia quedó pensativa, y su madre la dejó sola con sus reflexiones saliendo á dar algunas órdenes.

A las doce, quedó terminado el tocador de la jóven, bajo la presidencia de su madre que

habia resuelto que empezase, desde aquel dia, la enmienda de Virginia.

Esta llevaba un sencillo traje de muselina blanca, con lunares muy pequeños; en sus cabellos, peinados lisos, no habia mas adorno, que dos rosas y algunas violetas de las del ramillete de Cármen: el ramo, aunque un poco mas pequeño, se volvió á arreglar cuidadosamente y se puso en una copa de porcelana llena de agua.

A las dos, llegó Cármen acompañada de su madre, que era una señora de aspecto débil y enfermizo: saludó afectuosamente á la señora de Mendoza y á Virginia, á las que dió gracias por la deferencia que habian tenido con su hija convidándola á comer; y despues de un rato de conversacion, se despidió, encargando no le enviasen demasiado tarde á su Cármen, pues le hacia suma falta para que la ayudase á acostar, á causa de la parálisis que padecia en el lado derecho.

La madre de Virginia la despidió afectuosamente, pesarosa de no poder convidarla á comer: mas, para su plan de aquel dia, no le era posible tener testigos.

La orgullosa Virginia recibió con mucha

frialdad á su convidada: era esta una jovencita de trece años, de rostro muy bonito é interesante, de maneras dulces y modestas, y porte distinguido; llevaba un traje usado de seda, pero bien arreglado á su talle flexible y elegante: sus cabellos rubios y abundantes, estaban peinados con mucha gracia.

Toda la frialdad de Virginia no bastó para cortar á Cármen y hacerla ruborizar de su humilde traje: trataba á aquella, como á su igual, porque efectivamente lo era: hija de un médico de la armada, habia perdido á su padre tres años antes, es decir, cuando mas falta le hacia para su educacion: pero su buen natural habia suplido en parte esta irreparable falta, y lo que estaba aprendiendo como un adorno, llegó á ser un precioso recurso para su madre y para ella.

El dia se pasó efectivamente sin que las amigas de Virginia fuesen á felicitarla, ni á disfrutar de su convite para comer: ya cerca de la hora de sentarse á la mesa, se recibieron varias cartas que entró la camarera, y que la Sra. de Mendoza fué abriendo sucesivamente.

La primera decia así:

—«Mi querida amiga: agradezco en el alma el convite de Vd.; pero he sido atacada ayer de un fuerte constipado y la tos no me deja un instante de reposo.»

«Es para mí una verdadera desgracia el verme privada de su grata compañía en el día de hoy, y crea que lo siente en el alma su buena amiga

CLOTILDE.»

—Veamos otra, dijo la Sra. de Mendoza, dando aquella carta á su hija y tomando la que le seguía, concebida en estos términos:

—«Mi amada Virginia: una forcedura en un pié me impide disfrutar hoy de su amable invitación: esté Vd. segura de que lo siente con todo su corazón su buena y sincera amiga

SOFÍA.

Todos los demas billetes decían lo mismo poco mas ó menos: una niña se escusaba, á imitación de Clotilde y Sofía, con que tenía jaqueca: otra con un fuerte dolor de estómago; y todas, en fin, enviaron sus disculpas, acompañadas de una targeta de cumplimiento.

¡Qué vergüenza para Virginia! Cuando acabó de leer todas las cartas, dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas, encendidas con el fuego del rubor y la indignacion.

Su madre, compadecida de su pena, la llevó cerca del balcon, y la abrazó, enjugando sus lágrimas.

—Vamos, valor, querida mia, le dijo: yo sabia que esta prueba seria dura para tí, mas espero que te curará.

—¡Ah! exclamó Virginia. ¡Jamás volveré á saludar á ninguna de esas groseras!

—Y harás muy mal, repuso su madre: no es este el medio de que recobres el afecto que, á decir verdad, has perdido por tu causa: para ser amados, hija mia, necesitamos ser amables: y es en vano que pensemos castigar los desprecios, que se nos hagan, con otros desprecios mayores. Virginia, solo una madre lo disimula todo y perdona siempre: los demas, que no están sujetos á los santos afectos del corazon, los dan únicamente á quien sabe conquistarlos. Vamos, valor, pobre hija mia, y créeme, porque yo soy la única persona que no puede engañarte: vuelve al lado

de Cármen; trátala como á tu mejor, ó mas bien, como á tu única amiga, pues que ella te ama, y acabemos de pasar este dia de pruebas y decepciones.

Hablando así, aquella noble madre llevó á su hija al lado de la jóven bordadora, que se entretenia ojeando un album. Virginia se sentó á su lado con rostro afable, y como en bellas artes era verdaderamente instruida é inteligente, esplicó con placer á su amiga todos los paises de donde estaban tomadas las vistas; luego, para divertirla, tocó en el piano una linda sonata, y, por último, le enseñó varias cajas de juguetes y dulces, que tenia en su gabinete de recreo, regalándole una de cada clase, de las que pensó podrian haberle gustado mas.

La infancia es expansiva, y Virginia y Cármen pertenecian aun á esa dichosa edad: bien pronto un sincero sentimiento de afecto y simpatia las identificó: visitaron juntas la pajarera, el jardín y el palomar, y entretenidas con estas distracciones, y con un rato de agradable conversacion, llegó la hora de comer. Virginia olvidó, durante la mesa, el desaire

que había recibido, y como realmente era una niña de esquisita educación, y muy distinguida en sus maneras, hizo admirablemente los honores á su convidada.

Poco después de tomar el café, Cármen manifestó que deseaba retirarse para acompañar á su mamá, y se despidió de Virginia y de la señora de Mendoza.

Aquella la acompañó amablemente hasta la escalera, la abrazó y quedó convenido, que en adelante se llamarían de tú, como dos buenas amigas que eran ya.

—Ahora, hija mia, ponte el vestido celeste y tu corona de jazmines y vámonos al teatro, dijo á Virginia su mamá: quizá veas en él á alguna de las que no han podido venir á comer con nosotros á causa de su enfermedad; pero ten cuidado de no ponerles mal semblante: no hay mejor castigo de la grosería que una amable indiferencia; pues demuestra á los que la han hecho que no nos han podido humillar.

Virginia se vistió con el traje regalado por su madre, y estaba al presentarse en el teatro en extremo linda: en la mano llevaba el ramillete.

presente de Cármen, y único obsequio que habia recibido aquel día.

Así que se sentaron en el palco, Virginia tendió sus ojos por toda la estension del teatro, y el subido carmin, que volvió á invadir sus mejillas, dijo á su madre que sus presentimientos se habian realizado.

En efecto, en otros palcos, y algunas en las butacas, estaban todas las niñas invitadas por Virginia á comer, y que ni siquiera se habian tomado la pena de ir á visitarla.

—¡Oh, eso es el colmo del descaro! exclamó aquella: ¿no sabian que yo habia de venir aqui?

—Cuando no hay afecto hácia una persona, muy poco importa disgustarla, respondió su mamá: mas bien han pensado en mortificarte con su desprecio, que en que tú, á tu vez, podias despreciarlas por groseras; pero salúdalas á todas con mas amabilidad aun que de costumbre.

Virginia siguió las advertencias de su mamá: al primer entreacto entraron á verlas tres de las súpuestas enfermas.

—¡Estás elegantísima esta noche! dijo á Virginia la burlona Julieta para obligarla á que

se envaneciera y para ponerla en ridículo.

—No tal, repuso aquella con dulzura: mi vestido es muy sencillo y de poco precio; aunque, en verdad, yo lo estimo mucho, por ser regalo de mi querida mamá.

—¡Tú prendido es precioso! exclamó otra de las niñas llamada Mercedes.

—Es que tú le favoreces: me parece mucho mas elegante el tuyo de rosas.

Las dos burloncillas se mordieron los labios: estaban derrotadas.

—Tienes en la mano un lindo y fresco ramillete, añadió la tercera.

—Te lo ofrecería, repuso Virginia, aunque es muy humilde, pero lo tengo tambien en gran aprecio, porque es regalo de mi mejor amiga.

—¡De tu mejor amiga!

—Sí. ¿Pensáis que yo no tengo amigas tambien? Me lo ha regalado una jóven que es bordadora, y que hoy ha tenido la bondad de acompañarnos á la mesa á mamá y á mí.

Las tres niñas volvieron á sus sitios maravilladas de la metamórfosis de la vanidosa, de la petulante Virginia, que habia dicho que su ves-

tido era de poco coste, que era mas elegante que el suyo el prendido de Mercedes y que tenia por amiga á una bordadora.

Cuando se hallaron en casa de vuelta del teatro la señora de Mendoza y su hija, dijo esta á su mamá:

—Me parece que soy dichosa desde que puedo decir:—;Tengo una amiga!

—Lo creo, repuso su madre: los helados goces de la vanidad, jamás han compensado los afectos del corazon.

Al acostarse Virginia aquella noche, sintió que su cabeza estaba pesada y su garganta seca: pero por no asustar á su madre, no quiso decirle nada: al dia siguiente trató de levantarse, mas en vano: su frente ardia: una fuerte calentura la habia postrado, y apenas oia, en medio de su aletargamiento, lo que pasaba en derredor suyo.

Su madre, llena de angustia, envió á buscar á un médico, que la tranquilizó, diciéndole que Virginia tenia viruelas, pero de una especie muy benigna.

Apenas habia salido el doctor, entró Car-

men á ver á su amiga : la doncella le habia dicho desde el balcon—pues eran vecinas—la enfermedad de Virginia, y venia á acompañarla.

—¡Ay, hija mia! exclamó la Sra. de Mendoza: ruego á Vd. que se retire , por que mi hija tiene viruelas.

—¡Retirarme, Sra.! y por qué!

—Por que podría Vd. contagiarse de la misma enfermedad.

—¿Y por ese temor habia yo de dejar de consolar á Vd. y de consolar á mi amiga? ¿cree usted que yo sé querer á medias? No me separaré, si Vd. me lo permite, de la alcoba de Virginia: ese es mi deber y ademas el deseo de mi corazon : aquí traeré mi bordado, y trabajaré junto á su cabecera.

Juzgad, mis amados niños, de la gratitud con que oiria hablar así á Cármen la Sra. de Mendoza : abrazóla llenándola de caricias, y le dijo que, pues deseaba acompañar á su hija, no tendria que trabajar, y que ella se encargaba del cuidado de su madre.

—Permítame Vd., Sra., que rehuse para mí buena mamá, los socorros de Vd.; repuso Cár-

men con dignidad: yo los estimo en lo mucho que valen: pero me sería muy sensible que debiese su subsistencia á otra persona que á mí.

La Sra. de Mendoza no quiso insistir, por que sabia que hay muchos medios de socorrer la desgracia, á pesar de todo: y Cármen fué á su casa á buscar su labor y á pedir permiso á su madre para cuidar á su amiga.

Este le fué concedido con la mejor voluntad, y la amable niña se instaló á la cabecera del lecho de Virginia, á la que prodigó toda clase de atenciones.

Ella le daba de beber, procuraba que estuviera arropada, y los ratos que la dejaba libre la calentura, la entretenia con su conversacion, amena y variada.

Fácil es de comprender que el bordado adelantaria muy poco con estos cuidados: pero la Sra. de Mendoza halló un medio de que la mamá de Cármen aceptase una crecida suma.

Ninguna de las amigas de Virginia fué á verla ni una sola vez: uníase, para que así sucediese, el poco ó ningun afecto que les inspiraba al temor del contagio de su enfermedad, y

solo Cármen y su buena madre ayudaron á la Sra. de Mendoza en la asistencia de su hija. Un mes duró la enfermedad de Virginia; al cabo de este tiempo dejó el lecho, no solo curada de las viruelas, sino tambien de sus muchos defectos: comprendió, por fin, que la dulzura y la tolerancia es lo único que nos puede hacer estimables, y que es necesario, para que nos perdonen nuestras faltas, tener indulgencia para las de los otros: supo que no hay persona alguna insignificante en el mundo, y que la mas pobre y oscura es tan escelente para amiga, como temible y perjudicial para contraria.

Virginia, penetrada de gratitud por la generosa conducta de Cármen, que habia despreciado todo peligro para asistirle en su enfermedad, le profesó siempre el mas tierno cariño, y cuando se casó aquella, la dotó generosamente.

Virginia no vivió siempre tan aislada como al principio de esta historia: todas sus anteriores detractoras hubieron de convenir en su enmienda, al ver que, de presumida, vanidosa y altanera, se habia convertido en dulce y modesta: que respetaba la dignidad de todos, y

que cuidaba de no humillar á nadie con sus alardes de grandeza y de lujo.

Ya no pasó sola mas días de su santo: las niñas de las señoras amigas de su mamá se hicieron verdaderas amigas suyas; y la obsequiaban todos los años con esos mil regalitos que valen poco, pero que tanto significan: sin embargo, cada dia de su santo se iba con Cármen á su cuarto, descubria una cestita de plata cubierta con un tül; y mostrándole un ramillete seco, la abrazaba con agradecida y tierna efusion de cariño.

FIN DE LA PRESUMIDA.

LOS DOS ROSALES.

Valentina é Isabel se amaban tiernamente, cuando solo tenían cinco ó seis años de edad: pero el transcurso del tiempo, desarrollando sus inclinaciones del todo diferentes, las fué separando, y una leve frialdad substituyó al cariño con amargo pesar de la madre de ambas, la señora de Padilla, viuda y de salud delicada á causa de las repetidas penas que habian combatido su vida. Su esposo, que fué militar, habia perecido en campaña; y una corta pensión, acompañada de mil pesares, era todo cuanto habia podido de-

jar á su viuda muy jóven aun, muy bella, y que hubiera podido volverse á casar muy ventajosamente, á no impedírsele el apasionado amor que profesaba á sus dos niñas, que entonces solo contaban tres y cuatro años.

Valentina é Isabel eran en extremo lindas, sobre todo la segunda, cuyo rostro y talle ofrecían un modelo acabado de perfeccion, á la edad de diez años: su hermana, mucho mas delgada, era morenita y pálida, de grandes ojos llenos de viveza, y espesa cabellera oscura.

Valentina contaba un año mas que Isabel: era activa, aseada, incansable en sus labores; se levantaba en todo tiempo muy temprano, se peinaba ella sola, ayudaba á una anciana criada que tenían en el arreglo de la casa, y luego se sentaba á bordar ó coser, con tanto afan como primor. Isabel, por el contrario, se levantaba á las diez—déspues de dar lugar á que se la llamara ocho ó diez veces,—y apenas se vestia, se sentaba en una silla, y se estaba bostezando media hora: luego empleaba otras dos en peinarse, y por último, tardaba en cada comida doble tiempo que su mamá y su hermana.

Jamás se logró que supiese una sola de sus lecciones, ni que por su propia inspiración emprendiese el mas leve trabajo: todo su placer consistia en no hacer nada; la molestaba hasta el andar, y no pocas veces hubo que despertarla, porque se habia acostado vestida por no tomarse el trabajo de desnudarse, antes de entregarse al sueño.

En una palabra, el defecto capital de Isabel era la indolencia: pero una indolencia que era el azote de todas sus buenas disposiciones, la sombra de todas sus recomendables cualidades: porque Isabel era caritativa, obediente y sincera.

Pero si la invencible pereza que la dominaba constituia su único defecto, este valia en cambio por otros muchos, pues la hacia objeto de ódio para todos los que se la aproximaban: sus amigas le tenian asco, porque siempre llevaba las orejas llenas de pomada, porque jamás se lavaba las manos, y porque su lindo cuello estaba tan lastimosamente ennegrecido por su incuria, que habia perdido toda la gracia y suavidad de sus contornos.

Sus vestidos, destrozados y manchados de tin-

ta, su calzado, torcido y sùcio, su cabello, desgredado y grasiento, daban á Isabel el aspecto mas desagradable del mundo.

Su madre procuraba que los trajes de mas valor que podia comprar fuesen para ella, reservando los mas baratos y sencillos para su hermana, cuya natural elegancia realizaba el mas humilde atavio: pero de nada servia esta precaucion materna, injusta por otra parte, pues la pobre Valentina llevaba siempre lo peor, para que su hermana echase á perder lo mas costoso.

Sin embargo, Valentina, respetando los pesares de su madre, no se quejaba nunca, aunque era la primera en deplorar la indolencia de su hermana.

Habia en la misma ciudad, en que vivian la señora de Padilla y sus hijas, una señora anciana, solterona y de costumbres muy raras: todos conocian á Doña Nemesia, y todos sabian sus escentricidades.

Decian, por ejemplo, que se estaba en la cama hasta las tres de la tarde en todas las estaciones: pero que en su lecho, y vestida con una especie de capa, con mangas de seda, leia, reza-

ba y hacia calceta: cuando se levantaba su camarera, que era tan vieja como ella, le ponía un rico traje, un pañolón con ramos de flores, y una enorme papalina, rodeada de un velo de crespon negro, que le daba un aspecto muy original.

Doña Nemesia era muy astuta y vivía sola con dos criados ancianos, un cocinero y su camarera, porque decía que los amigos no sirven para nada mas que para dar malos ratos: su confesor, única persona á quien trataba, recibía de ella cada domingo una suma crecida para socorrer á los pobres de la parroquia: pero jamás quería saber sus miserias, porque decía que esto la afligía, y que ya hacía bastante con dar limosna, sin imponerse mortificaciones voluntarias y que á nada conducían.

Todo el afecto, toda la ternura de que era capaz su corazón, estaban concentrados en un perro dogo, color de café y leche, con el hocico y los ojos negros, que se llamaba *Caballero*.

El tal perro era horrible; apenas podía andar de gordo, lo que era muy extraño, á causa de su mal carácter; enseñaba todos los días sus agudos dientes, no solo al aguador y á la lavandera, sino

tambien á cuantas personas pasaban por debajo del balcon, cuando se hallaba sentado en él, tomando el fresco en las tardes del verano.

La Sra. de Padilla, que cada dia sufría mayor escasez en sus pocos haberes, hubo de cambiar su casa por otra de menos precio, y fué á ocupar un cuartito enfrente de la de Doña Nemesia, que le costaba muy barato, por estar situado en una de las calles mas solitarias.

El cuarto de la Sra. de Padilla tenia solo dos ventanas: la una pertenecia á una salita que ella ocupaba: la otra, á un aposento mas pequeño, en el cual dormian las dos niñas.

Apenas instaladas en su nueva casa la viuda y sus dos hijas, Doña Nemesia envió un recado con su anciana camarera, diciendo á la señora de Padilla que sus achaques no le permitian ir á visitarla, pero que podia disponer de su amistad, como vecina, y que tendria mucho gusto en que le llevase á las niñas.

En efecto, dos ó tres dias despues, la señora de Padilla, que habia oido contar muchas ridiculeces de la solterona, pero cuyo carácter era conciliador y bueno, fué á verla con sus hijas.

Aquella examinó á las tres con curiosidad, les hizo mil preguntas, algunas de ellas bastante indiscretas, y reprendió agriamente á Isabel por la incuria de su traje, ni mas ni menos que si hiciera mucho tiempo que la trataba: la niña se encogió de hombros con desden, se rió en las narices de la vieja de sus reprensiones, y para vengarse dió al salir un fuerte puntapié á *Caballero*, que se refugió ahullando junto á su ama, la cual hizo—quizá por la primera vez de su vida tratándose de su perro—como que no reparaba en ello.

Pocos dias despues, volvieron la madre y las dos hijas á ver á la anciana, que estaba aun en la cama, y leyendo en su libro de devociones.

A la puerta de la alcoba habia dos macetas de loza verde, que contenian dos rosalitos muy pequeños.

—Niñas, dijo doña Nemesia, os he comprado esos dos rosales para que los cuideis: es un regalo que os hago.

Isabel hizo un gesto de desagrado: le era muy poco grato un regalo de aquella clase: el rostro de Valentina, por el contrario, espresó una viva

alegría, pues siempre había amado las flores con pasión.

—Ya veo que tuerces el gesto, niña, dijo doña Nemesia que veía muy bien con sus ojillos grises hundidos, y que no te gusta el rosal.

—¡Señora! respondió Isabel con acritud—pues aborrecía á la anciana.—¡Vd. todo lo quiere saber, y todo le parece que lo entiende!

—¡Oh, es que yo te conozco ya mejor que tu madre!

—¡Enhorabuena! Pero yo no he desplegado los labios para decir una palabra, y lo que Vd. cree no pasa de ser figuración suya.

—¿Fué figuración mía también el puntapié que diste el otro día á mi perro?

—Es que él quería morderme.

—Yo sabía—porque te advierto que yo todo lo sé—que eras perezosa y hasta sucia; pero desde hoy sé que te van adornando nuevos vicios.

—¿Y cuáles son esos vicios? preguntó Isabel con acento provocador, pero con las mejillas encarnadas y con los ojos llenos de lágrimas de vergüenza y de ira.

—El de mentir, y el de ser insolente.

—Y Vd. del de....

—¡Basta! interrumpió á su hija la señora de Padilla: ten presente, Isabel, que los mayores merecen respeto.

—¿Porque esta señora sea mayor que yo ha de tener derecho á insultarme? prorrumpió la niña con voz sofocada por el llanto.

—Vaya, vaya, amiga mia, lleve Vd. á esa insolentilla á casa, y dele un vaso de agua fria, dijo doña Nemesia con risa socarrona, y que exasperó á Isabel hasta el último grado.

La señora de Padilla, culpando un poco en su interior la animadversion que la anciana parecia tener hácia su hija menor, se levantó, en efecto, para retirarse.

—Estamos en marzo, dijo doña Nemesia, el 2 de mayo es mi cumpleaños: la que de vosotras me presente el rosal con mas rosas abiertas, comerá aquel dia conmigo.

—¡Vaya una recompensa! murmuró Isabel con desprecio.

—Conque lo dicho, añadió doña Nemesia: los rosalitos están recién plantados, y necesitan un cuidado incesante: si no se les riega cada dos ó

tres dias y se les remueve la tierra, no darán rosas.

Valentina prometió cuidarle: Isabel salió sin despedirse de la anciana.

—¿Vas amoscada, eh? le gritó esta con voz ágría y chillona: pues, hija, peor para tí: no tendrás rosas para el 2 de mayo, ni comerás conmigo.

—¡Mejor, vieja cócora! murmuró Isabel saliendo con ira de la habitacion.

Caballero la siguió gruñendo y enseñándole los dientes, porque participaba de la prevencion de su ama contra Isabel.

Quando las niñas llegaron á su casa, su mamá reprendió á aquella fuertemente.

—Has faltado mucho á esa anciana, le dijo, y yo, que solo te creia perezosa, y que ya era con esta creencia sobrado desgraciada, veo hoy que, como ella te ha dicho, tienes tambien la falta de ser insolente.

—¿Pero no fué ella la que empezó á insultarme, mamá?

—Esa no es una razon para que tú la insultáras á tu vez: ademas ella vió que recibías su

regalo con desden, y es natural que se incomodara contigo.

—¡Bello regalo, por cierto!

—Debemos agradecer todo lo que se nos da: la mas leve expresion significa un recuerdo, y como este recuerdo es voluntario demuestra afecto y bondad de corazon.

—Ella me dió el rosal por el gusto de que me incomodara cuidándole.

—¿Se lo daria con el mismo objeto á tu hermana?

—Yo no lo sé, dijo Valentina: lo que sí puedo asegurar, es que lo he recibido con el mayor placer, y que lo cuidaré con cuanto esmero pueda.

—Ya lo oyes, dijo á Isabel su madre: ya oyes á tu hermana: ella, hija mia, se hará amar de todos y será dichosa, en tanto que tú serás siempre infeliz y desgraciada.

—Pero, mamá, repuso Isabel, todos los caracteres no son iguales: á mi hermana le gustan las flores y á mí no: ¿qué culpa tengo yo de eso?

—Todas las niñas aman las flores, y si tú las

miras con prevencion es porque, ora se hallen cortadas y formando ramillete en un vaso, ora estén en una maceta, es preciso cuidarlas; pero aun dado caso que no te gustasen, debias aparentar lo contrario, al menos por un deber de gratitud, de complacencia y hasta de buena educacion: yo te lo prevengo, Isabel, añadió su madre con un suspiro: si no enmiendas tu carácter egoista y displicente, vas á ser muy infeliz.

Al acabar de pronunciar estas palabras, llamaron á la puerta, y poco despues entró un criado de doña Nemesia, trayendo los dos rosales. Valentina, con el tono amable que le era habitual, le rogó que los colocase en la ventana de su cuarto, y se acostó pensando en madrugar para regar el rosalito.

En efecto, al dia siguiente se levantó á las siete, y su primer cuidado fué abrir la ventana: ambos rosales estaban plantados de pocos dias, segun habia dicho doña Nemesia: eran dos varitas, en las cuales apenas empezaban á brotar algunas hojas.

Valentina regó el suyo y luego fué al lecho de su hermana.

—¿No te levantas? le dijo moviéndola suavemente.

—No; tengo sueño, respondió Isabel volviéndose del otro lado.

—¿Y el rosal?

—¿Qué me importa á mí de él?

—¿No le quieres cuidar?

—No pienso incomodarme en eso ni un solo día.

—¿Quieres que lo cuide yo?

—Haz lo que quieras.

Valentina volvió á abrir la ventana, y regó el rosal de su hermana con el mismo cuidado que el suyo.

Por su parte, Isabel, cuando se levantó del lecho, ni pensó en su maceta, ni en todo el día la recordó siquiera.

Así pasaron algunos otros, y doña Nemesia tenia fijos en la ventana de las niñas los ojos de su camarera, para saber, sin ningun género de duda, quién cuidaba el rosal y quién no.

Cada vez que su vetusta sirvienta le participaba que Valentina regaba los dos rosales, se sonreia con aire de inteligencia, como diciendo:

—Eso ya lo sabia yo.

Cinco ó seis dias pasaron así, hasta que una mañana le pareció á Valentina que la tierra de los rosales necesitaba, no solo ser regada, sino tambien removida: fué, pues, á buscar un cuchillo viejo y de punta afilada, y ahuecó con el mayor cuidado la tierra del rosal de su hermana.

Enseguida pasó á hacer lo mismo con el suyo. Al clavar en él el cuchillo, la oscura tierra saltó en pedazos como gozosa de que la hicieran perder su inmovilidad. Valentina socavaba con delicadeza, y ya iba á terminar su tarea, cuando la punta del cuchillo tropezó con un objeto duro y extraño.

Valentina creyó al pronto que sería una piedrecilla; pero luego que volvió á tocar dos ó tres veces, se convenció de que aquel obstáculo tenia mas volúmen del que habia pensado.

Curiosa por saber lo que era, lo desenvolvió poco á poco y sacó de entre la húmeda tierra una bolsita de tela impermeable, cuidadosamente cerrada por unos cordones de seda.

Valentina la abrió con presteza, y ¡cual fué su sorpresa al ver su contenido!

Un rico collar de gruesas perlas, cerrado con un broché de oro, salió del saquito y se suspendió de los afilados dedos de la niña: ésta, absorta, quedó por algunos momentos inmóvil, contemplando la espléndida joya: pero, vuelta en sí de su asombro, echó á correr en busca de su madre dando gritos de alegría.

—Es una suntuosa alhaja, dijo la señora de Padilla: pero ahora mismo, hija mia, es forzoso que vayamos á dar parte á doña Nemesia de tu hallazgo: ella te dió solo una maceta con un rosal, y ese collar es suyo.

En efecto, madre é hija se dispusieron á pasar á casa de su vecina, é Isabel que hacia mas de hora y media que se estaba vistiendo para levantarse, con la lentitud que le era habitual, y que habia sentido no poca envidia con el hallazgo de su hermana, quiso tambien acompañarlas.

Eran cerca de las once de la mañana, y doña Nemesia estaba aun en el lecho, vestida con su capa de seda, y adornada con su papalina de tul y su velo de crespon.

—Señora, dijo la madre de Valentina, mi

hija removiendo esta mañana la tierra de la maceta que Vd. ha tenido la bondad de regalarme, se ha encontrado esta rica joya que yo, con ella, vengo á poner en manos de Vd.

—¿Cuál de sus dos hijas de Vd. ha sido? preguntó doña Nemesia.

—Valentina, respondió la Sra. de Padilla.

—Ya me presumia yo que seria esta! repuso la anciana con su burlona sonrisa.

—¿Y en cual de las dos macetas se lo encontró?

—En la mia, contestó modestamente Valentina.

—Es decir, hija mia, en la que has puesto á la derecha de la ventana y llamas tuya, ¿no es verdad? porque yo desde esta cama te veo cuidar las dos!

—Isabel tambien cuida la suya, murmuró Valentina.

—El mentir es una grave falta, y mas el mentir sin necesidad, repuso gravemente la anciana: no lo hagas mas, y ahora volvamos al collar: yo, queridas, mias os di dos macetas con lo que contenían: ignoraba la existencia de

esa rica joya en una de ellas: mas toda vez que Valentina se la ha encontrado, tanto mejor para ella: el collar es suyo.

—¡Pero, señora! exclamó la madre de las niñas.

—Nada, nada, lo dicho: ese collar es de Valentina: no hay que tener cuidado que, por mullir la cama á su rosal, se halle otro Isabel.

La Sra. de Padilla, aunque dolorosamente afectada, por ver la mortificacion de su hija menor, no pudo menos de agradecer á aquella extraordinaria anciana tan rica dádiva: pero esta interrumpió sus palabras diciéndole con bastante aspereza:

—Bien, bien! no admito gracias: yo no tenía noticia alguna de ese collar, que por otro lado vale muy bien dos mil duros: pero Valentina se lo ha encontrado, y por lo tanto á ella le pertenece.

Madre é hijas se volvieron á su casa.

—¡No sé como no te mueres de pena al ver lo que te sucede! dijo aquella á Isabel: ¿no te avergüenza el mal concepto en que te tiene esa señora?

—¿Por que no mimó y revuelvo la maceta? bueno! por eso no quedará. Desde hoy imitaré á mi hermana.

—Bien, pero ahora ya no es el móvil de tu cuidado el deseo de complacer á doña Nemesia, sino el afán de ver si hallas otro collar.

Isabel se ruborizó oyendo las palabras de su madre, que—como todas las madres—sabia leer en el corazon de sus hijas: efectivamente habia cruzado por su imaginacion el pensamiento de que quizá habria en la otra maceta un collar igual.

Tomó pues el cuchillo, y se puso á remover la tierra de su rosal que estaba menos adelantado que el de su hermana, pues estaba en tierra, como era muy justo, con preferencia al suyo.

Bien pronto una espresion de júbilo animó sus ojos: habia tropezado con un objeto duro que se apresuró á desenvolver.

Mas, ¡oh, cielo! sacado á la superficie con todo el cuidado posible, se halló con una piedra, grande y dura como su desengaño!

Irritada Isabel, removió con furor la tierra en todas direcciones: pero nada consiguió, mas

que dejar muy mal parada con sus estrujones la débil y tierna varita del rosal.

Dos ó tres pimpollitos verdes, de esos que brotan pequeños y tiernos para desplegarse después en hermosas hojas, fueron cortados, ó arrancados mas bien, en uno de sus iracundos movimientos.

Llorosa y confundida permanecia aun delante de la piedra que habia arrojado con ira en el alfeizar de la ventana, cuando entró su madre en el aposento.

—Dios ha castigado tu envidia y tu egoísmo, le dijo severamente: no has conseguido otra cosa, con tus esfuerzos, que lastimar el rosal que seguramente morirá sin dar hojas siquiera: tu hermana queria cuidarlo únicamente, y su trabajo y su buena fé fueron recompensados con una hermosa joya: tu has querido solo hallar otra alhaja y has hecho al rosal un daño quizá irremediable.

—¿Qué me importa? exclamó Isabel llorando de ira: esa vieja ridicula y loca se conoce que me ha tomado por juguete suyo!

—No lo creo yo así en verdad, respondió su

madre: es una señora retirada del mundo y algo escéntrica; pero nada tiene de loca ni de ridícula: ¿quién sabe si ella desea corregirte de tus defectos y remediar la escasez de nuestra fortuna? ¿Quién sabe si su caridad toma las formas de una diversion para no ofender nuestra delicadeza? No es justo zaherir á quien no nos hace daño, y doña Nemesia, hija mia, solo desea tu bien.

Algunos días despues de esta conversacion, el rosal de Valentina habia desplegado ya cuatro hojitas, muy pequeñas sí, pero que prometian crecer rápidamente, merced al incansable cuidado de su jóven ama.

Esta le colocaba siempre donde le diesen los primeros rayos del sol: despues le ponía junto á una de las paredes del gabinete, para que aprovechase los últimos que ya no alcanzaban á la ventana: le regaba con el mayor cuidado, y se pasaba largas horas contemplándole cruzada de brazos en el antepecho.

Valentina era dichosa con su rosal, y trabajaba mas aprisa para que le quedase algun ratito á fin de estar junto á él.

Entretanto, la pereza de su hermana, su dejadez, su desaseo, crecían de día en día, aumentando el disgusto de su buena mamá, que no podía ver con indiferencia las faltas de Isabel.

No obstante, aquella niña distaba mucho de ser perversa: al comparar la pobre varita de su rosal, mustia, amarillenta y desnuda de hojas, con la de su hermana, que ya se cubría de verdor, su corazón se entristecía; pero ni por un solo instante se le ocurrió la idea de causar daño á aquella hermosa planta que crecía como insultando la mortal languidez de la suya.

—Aun pudiera revivir tu rosal, le decía un día Valentina viendo con pena á Isabel mirar las dos macetas tan diferentes entre sí.

La indolente mecía con desaliento la cabeza.

—Falta un mes, continuó Valentina, y en esta hermosa y templada estación un mes es mucho. ¿Por qué no le riegas y le ahuecas la tierra en derredor?

—¿Y para qué?

—Quizá llegarás á verle verde y lozano: ¿es posible que te hayas desanimado tan pronto?

—Si no es que me desanimó: pero ¿qué ven-

taja, ó qué perjuicio nos puede traer el que presentemos flores abiertas el día de su cumpleaños; á esa ridícula vieja, ó le presentemos los rosales secos?

—No digo, hermana mía, que medie en eso ningun interés real y verdadero; ¡pero no hallas gusto en complacer á los demás?

—Cuando esto ha de costarme algun trabajo, no.

—¡Ah, hermana mía, te compadezco, pues! exclamó Valentina tomando su cuchillo para ahuecar la tierra en torno del rosal.

Luego que hubo concluido esta operacion con el suyo, quiso practicarla con el de su hermana.

—Voy á ver, dijo, si consigo mejorar esta pobre planta, porque me dá pena verla así. ¡Qué tierra tan seca! ¡Ah, mira, mira el mio, cómo parece que se hermosea con mis cuidados! ¡Cualquiera diria que se envanece con el agua, y con que yo haya mullido su lecho de tierra! Isabel, las plantas sienten tambien, y se engalanan para complacer á quien las ama y las cuida.

Mientras hablaba así la encantadora Valentina, removia en derredor del rosal la tierra con

la punta del cuchillo, mientras Isabel, respaldada con indolencia en una silla, mecía las piernas mirando á su hermana.

Un movimiento de sorpresa de esta la hizo levantarse apresurada.

—¿Qué es? preguntó ansiosamente.

—¡Dios mio!.... ¡Me parece que noto aquí debajo del cuchillo algo duro!.... ¡Sí, sí!.... ¡Como la otra vez!....

Y Valentina, asombrada, apartó la menuda tierra y sacó de la maceta de su hermana una bolsita de tela impermeable, del todo igual á la que habia hallado en la suya.

—¡Cielos! exclamó Isabel pálida y conmovida. ¡Esto es incomprendible; yo revolví toda la tierra muchas veces, y no hallé mas que una piedra!

Y la niña, al decir estas palabras, miró por casualidad á la ventana de enfrente, que era la del gabinete de doña Nemesia.

Entonces, un subido carmin reemplazó á la palidez de sus mejillas: tras de las cortinillas estaba, burlon y amarillento, el flaco rostro de doña Nemesia.

Mientras tanto, Valentina corria los cordon-

cillos de seda del saquito hallado en la maceta de su hermana, y daba vueltas entre sus dedos á una cosa muy semejante al collar de perlas que ella habia encontrado en la suya.

Era, con efecto, otro collar, pero de esmeraldas, que brillaban á los rayos del sol de la tarde con los mas ricos cambiantes.

Aquella joya valia mas que la anterior: las piedras eran gruesas, límpidas, hermosas, y parecian reflejar en su color las tiernas hojitas del rosal de Valentina, que se mecian al soplo de la templada brisa de abril.

—¡Oh, qué hermosa joya! exclamó Valentina dando saltos de alegría: ven, añadió despues: esta será para tí, porque diremos á mamá que la has encontrado en tu maceta: lo mismo tiene que la hayamos encontrado la una que la otra.

—Eso no podemos decirlo, repuso Isabel tristemente.

—¡Que no!

—¡Imposible, hermana mia! ¡imposible!

—¡Pero por qué?

—¡Mira!

Isabel señaló á su hermana la angulosa figu-

ra de Doña Nemesia, que las contemplaba con su eterna y burlona sonrisa.

—¡Es cierto! ¡nos han visto! murmuró Valentina: vamos, sin embargo, á dar esto á mamá.

Las dos niñas pasaron á la sala inmediata donde se hallaba su madre: mas al mismo tiempo que ellas salian por la puerta del gabinete, entraba por la de la antesala su criada, trayendo una carta en la mano.

—De parte de Doña Nemesia, dijo presentándola á su ama.

Esta la abrió, y leyó lo que sigue:

—«Valentina acaba de hallarse—cuidando del rosal de su indolente hermana—un rico collar de esmeraldas con broche de lo mismo: es suyo, pues, y ruega á Vd. que se lo guarde, como el de perlas, su servidora

NEMESIA PEREZ.

—¡Esto es incomprendible! murmuró la señora de Padilla: ¡mi anciana vecina tiene un proyecto, que yo no alcanzo á adivinar! ¡qué extraño enigma envuelve esa mujer! ¡ah, mi corazón de madre me dice que Isabel pierde mucho por su carácter indolente y egoista!

Despues examinó el collar que era de una riqueza maravillosa: el engaste, hecho en oro, era admirable y riquísimo, y no podia dudarse de que su valor escedia al del de perlas.

La Sra. de Padilla le guardó en un *necessaire* con el otro hallazgo: sus necesidades crecian de dia en dia, y eran cada vez mas apremiantes, y sin embargo, allí tenia un tesoro en joyas: mas por nada del mundo se hubiera resuelto á tocarlas, hasta ver llegar el dia dos de mayo, anhelado por ella mucho mas que por Valentina.

Llegó aquel por fin: desde hacia ocho dias, el rosal de la mayor de las dos niñas estaba lleno de capullos, que pugnaban por desplegar su rosado seno, opreso entre sus hojas: mas el dia primero, el mas grande rompió sus prisiones y se desplegó fresco y hermoso destacándose entre el menudo verdor de su ramaje.

El dia dos, por la mañana, se habia convertido en una galana y perfumada rosa.

No hay que decir que al alba ya estaba Valentina en pié delante del rosal contemplándole arrobada, y dando gracias á Dios con alegría.

Poco despues, la anciana sirvienta tomó las

dos macetas y pasó con ellas á casa de Doña Nemesia.

En vano quiso Isabel oponerse á que llevasen su rosal, seco, muerto por su incuria, y por las heridas que le causó en su afán de buscar: su madre fué inflexible, y las dos macetas fueron colocadas frente al lecho de la anciana.

—Niñas, dijo esta, esas plantas son las imágenes de vuestros caracteres, y lo son también de vuestras existencias; ese rosal cuidado ha producido una hermosa flor y promete otras muchas; ese es la imagen de Valentina; ella será siempre útil y amada: esa planta yerta, seca, helada, es la imagen de Isabel; jamás valdrá ni aun para sí misma; Valentina ha hallado la riqueza en el fondo de ambas macetas, porque Dios recompensa el trabajo y la laboriosidad; su hermana encontró solo una piedra, ingrata y dura como ella: yo coloqué las dos joyas en esas macetas, y las dos ha querido Dios que sean de la activa y generosa Valentina.

Al acabar de pronunciar estas palabras, la anciana se volvió, y sacó un cofrecito de plata, primorosamente cincelada, de debajo de sus al-

mohadas y se lo dió á la Sr.^a de Padilla, añadiendo:

—Ahí hay 25,000 duros, que son el dote de Valentina: póngalos Vd. á interés y le proporcionarán una renta con la cual podrá Vd. vivir cómodamente con Isabel: esa es la recompensa que yo doy á la rosa que esa niña me ofrece, y ha criado para mí: ella es como el postrer aroma, que viene á alegrar mi ancianidad, y á recrear el último día de mi cumpleaños, porque muy pronto dormiré en el sepulcro; pero entre tanto que llega la hora de comparecer ante Dios, déjeme usted, amiga mia, la compañía de Valentina, y dedíquese solo á cambiar la índole de Isabel.

La señora de Padilla hizo un signo de asentimiento, pues la gratitud hácia la generosa anciana embargaba su voz.

—Hija mia, añadió doña Nemesia con un acento tan dulce que dejó á todos admirados: hija mia, solo te pido que me cuides con el mismo esmero que á tu rosa, y sé que lo harás, porque la que se dolía del abandono de una planta, se compadecerá mejor de una pobre anciana enferma.

.....
Un año despues, y el dia 2 de mayo, una hermosa niña oraba arrodillada ante un nicho recién cerrado en un cementerio.

Delante de la losa funeraria, una maceta de loza verde ostentaba un frondoso rosal, lleno de rosas y capullos que se querian abrir como para saludar los restos de una de las mujeres más escéntricas, pero más caritativas que han existido jamás.

La niña vestía luto y lloraba: era Valentina, la suave, la dulce Valentina.

Su madre, también vestida de luto, rezaba como ella.

Isabel, que estaba monstruosamente gruesa y muy fea, se había quedado durmiendo la siesta.

En año después, y el día 2 de mayo, una
 hermosa niña estaba arrodillada ante un nicho
 recién cerrado en un cementerio.
 Delante de la losa funeraria, una maceta de
 loza verde ostentaba un frondoso rosal, lleno
 de rosas y capullos que se querían abrir como
 para saludar los restos de una de las mujeres
 mas escurricas, pero mas caritativas que han
 existido jamás.
 La niña vestía luto y lloraba: era Valentina,
 la suave, la dulce Valentina.
 Su madre, también vestida de luto, rezaba
 como ella.
 Isabel, que estaba monstruosamente gruesa
 y muy fea, se había quedado durmiendo la siesta.
 FIN DE LOS DOS ROSALES Y DE LA COLECCION

INDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
<i>Introduccion.....</i>	5
<i>El vestido de baile.....</i>	17
<i>Las dos amigas.....</i>	45
<i>El carpintero.....</i>	74
<i>Los premios.....</i>	99
<i>La presumida.....</i>	131
<i>Los dos rosales.....</i>	157

INDICE.

PAGINAS.

5	Introduccion.....
17	El vestido de baile.....
48	Las dos amigas.....
71	El carpintero.....
99	Los premios.....
131	La presunta.....
157	Los dos rosales.....

NUEVA PUBLICACION.

BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA.

**UN TOMO
CADA MES.**

OBRAS DE

**OCHO RS.
CADA TOMO.**

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

Los tomos de esta biblioteca, compuesta únicamente de obras de la señora Sinues de Marco, tendrán de 250 á 300 páginas. El papel es superior y los tipos nuevos.

Los doce primeros tomos que se repartirán á los señores suscritores, serán:

El lazo de flores, novela.....	1	Tomo.
La rama de sándalo. Idem.....	1	Idem.

El angel del hogar. —Estudios morales acerca de la mujer. (Tercera edicion).....	3	Tomos.
A la sombra de un tilo. —Novela....	1	Id.
Dos venganzas. —Idem.....	2	Id.
El sol de invierno. —Novela basada en la comedia que, con el mismo título, se ha representado con extraordinario éxito.....	2	Id.
Margarita. —Novela.—(Tercera edicion.)	1	Id.
La virgen de las lilas. —Idem.....	1	Id.

El primer tomo se repartirá en el mes de julio de 1862.

Todos los suscritores que adelanten el importe de los seis primeros tomos **recibirán gratis** en el acto un ejemplar de la **COLECCION DE CUENTOS MORALES**, escritos por la señora *Sinués de Marco* con el título de

A LA LUZ DE UNA LAMPARA.

cuya obra, que forma un elegante volúmen, se halla de venta á razon de **seis reales** cada ejemplar en la administracion, calle de Trujillos, núm. 3, cuarto bajo, y en las principales librerías, en cuyos puntos se reciben tambien suscripciones á la **BIBLIOTECA MORAL Y RE-CREATIVA**.

OBRAS PUBLICADAS
DE LA SRA. SINUES DE MARCO

Y QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA ADMINISTRACION,
 CALLE DE TRUJILLOS, NÚM. 3, CUARTO BAJO.—MADRID.

La ley de Dios. Coleccion de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo; edicion ilustrada con diez láminas y el retrato de la autora. Esta obra ha sido aprobada de texto para las escuelas de instruccion primaria, por real órden de 26 de abril de 1860, y justipreciada en 28 reales cada ejemplar.

El ángel del hogar. Obra moral y recreativa dedicada á la mujer. Segunda edicion.—42 reales en Madrid y 46 en provincias. (No hay ejemplares.)

Margarita. Novela original.—Segunda edicion.—8 reales en Madrid y 9 en provincias. (Se ha agotado la edicion.)

Rosa. Novela original.—Tercera edicion.—5 reales en Madrid y 6 en provincias.

Amor y Hanto. Coleccion de leyendas históricas.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias. (No hay ejemplares.)

Los títulos de las leyendas, de que consta esta coleccion, son:—La corona de sangre.—Luz de Luna.—La princesa de los Cáspios.—La hermana de Velazquez.

Premio y castigo. Novela original.—Segunda edicion.—6 reales en Madrid y 7 en provincias.

La diadema de perlas. Novela histórica.—Original.—Segunda edicion.—4 reales en Madrid y 5 en provincias. (Se ha agotado la edicion.)

Flores del alma. Coleccion de poesías.—Edicion de lujo.—10 reales en Madrid y 12 en provincias.

Cantos de mi lira. Coleccion de leyendas en verso.—Segunda edicion.—9 reales en Madrid y 10 en provincias.

Esta coleccion va precedida de un prólogo del Sr. don Juan Antonio Viedma, y se compone de las siguientes leyendas.—El Angel de la muerte.—El palacio de los génius.—Las dos sultanas.

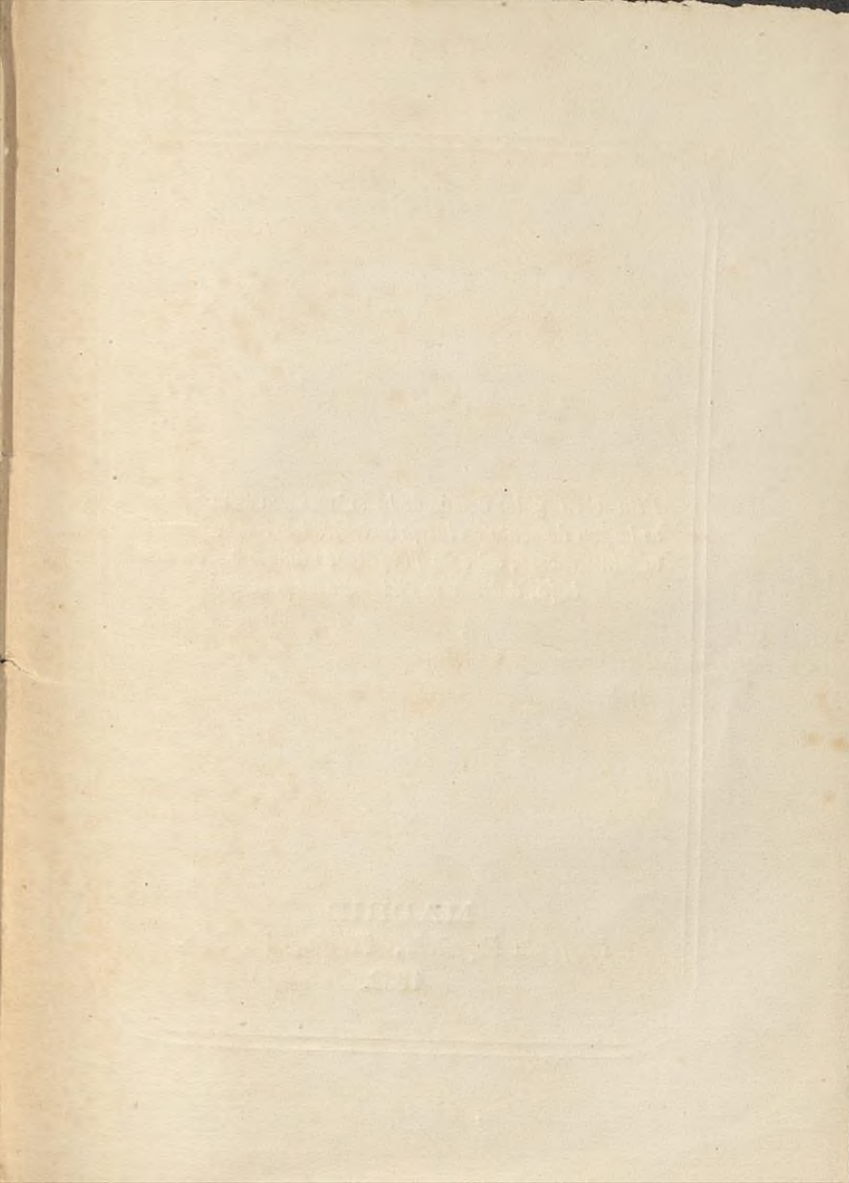
Fausta Sorel. Novela original.—Dos tomos.—Edicion ilustrada con magníficas láminas.—56 reales en Madrid y 60 en provincias.

Un nido de palomas. Novela.—8 reales tanto en Madrid como en provincias.

A la luz de una lampara. Coleccion de cuentos morales.—6 reales tanto en Madrid como en provincias.

Los precios de estas obras en Ultramar y el Estranjero, los fijarán los corresponsales.

La persona que quiera adquirir cualquiera de estas obras, no tiene mas que dirigirse á la administracion acompañando el importe del pedido en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro y la recibirá Franca de porte á vuelta de correo.



*Esta obra y las demás de la SEÑORA SINUÉS DE MARCO
se hallan de venta en las principales librerías, y en la
administración, calle de Trujillos, número 3. cuarto
bajo, á donde se dirigirán los pedidos.*

MADRID

Imprenta Española, Torija, 14, bajo.

1862.